La Ilustración Artística

AÑO XI — BARCELONA 26 DE DICIEMBRE DE 1892 — NÚM. 574

En el próximo número comenzaremos la publicación de la interesante novela original de Jeanne Mairet, con preciosas ilustraciones de Adrien Moreau, titulada CARGO DE CONCIENCIA

SUMARIO

MANERAS DE DECIR

Carlos Frontaura, el inimitable autor de *Las tiendas* y de *Un caballero particular*, con esa gracia suya peculiarísima y que nunca envejece, ha caricaturizado á nuestros más distinguidos traductores del francés imaginando un trozo de folletín, cuya lectura hace reir á carcajadas al ciudadano más serio, al conservador peor humorado.

Pero ni Carlos Frontaura, ni otros escritores festivos que han inventado aquellas saladísimas frases de «dar un golpe de puño sobre la tabla» ó «ensayar un pequeño sonreir mirándose en el helado,» ó «leer el romance de un joven hombre,» ó «el cordón azul de la vieja señora,» han copiado *ad pedem litteræ* esos dislates; los han discurrido ellos, son de su invención, y como de invención suya tienen gracia, pero carecen de verdad.

Lo que no he inventado yo, puede creerme el lector bajo mi palabra, es un párrafo de cierto folletín (vertido al castellano, se sobreentiende), y que empieza así: «El doble suicidio del senador (Fulano) y de su criado,» etc.

Ni es mío tampoco otro párrafo del mismo folletín en que un personaje, dirigiéndose á otro, le dice: «Pido *á usted* perdón por el daño que consentí hacerle; pero ya está reparado, puesto que *os* veo libre.»

No voy á decir ahora, no hay para qué, cuándo ni dónde se ha publicado ese folletín; de que se ha publicado respondo, y que he copiado fielmente lo aseguro.

Puede explicarse como descuido, en que es muy fácil incurrir, eso de hablar de *usted* y de *vos* en una novela *vertida* del francés al castellano; el *vous* francés suele traducirse por *usted*, pero también corresponde al *vos*. Hay traductores que emplean siempre el *usted;* hay quienes aceptan resueltamente el *vos;* ambos procedimientos son admisibles, aunque me lo parece menos el segundo; pero no falta quien use indistintamente el uno y el otro, formando el más delicioso pisto gramatical que puede imaginarse.

Esto, lo repito, tiene explicación y aun excusa; el



DUDA, cuadro de D. José Garnelo

(Reproducción directa)

apresuramiento con que por regla general se llevan á cabo esas versiones; la escasa recompensa que suelen tener tales trabajos; la circunstancia, muy de tenerse en cuenta, de confiarse las traducciones del mismo folletín á distintas personas que no se ponen previamente de acuerdo para dar unidad á la tarea; la imposibilidad absoluta de poner esmero y corrección en cuartillas que pasan precipitadamente desde la mesa de la redacción á las cajas, y quizá de éstas á la estereotipia, y otras muchas concausas, dan por resultante ese pasto indigesto con que las empresas periodísticas alimentan la curiosidad insaciable de los aficionados á folletines.

Pero ya lo del *doble suicidio* no pertenece á la misma categoría; entra de lleno en el grupo de los desatinos originales. Casi todos los días hallamos en los diarios noticias de *dobles* asesinatos, de *triples* robos, de *dobles* crímenes, que luego resultan *dos* asesinatos, ó *tres* robos, ó *dos* crímenes, á los cuales, en su *manera de decir*, llaman algunos *dobles y triples* por el gusto de decirlo mal; como si yo dijera, por ejemplo, que *Consuelo* es una comedia de Ayala que tiene un *triple* acto, ó que en mi despacho hay un *doble* sillón, porque tengo en él dos sillones.

No es esta la primera vez que hablo de esto, ni será la última, porque en estas cosas conviene insistir y aun se necesita Dios y ayuda para ser oído, y no digo atendido, porque eso no se consigue nunca.

Cuando uno encarga á su zapatero que le haga dos pares de botas (decía yo hace ya muchos años), ¿le dice, por ventura, que le haga un *doble* par de botas? Si el sastre presenta al parroquiano las cuentas de dos levitas, no le dirá que va á cobrar la hechura de una *doble* levita.

El ciudadano español que, por excepcionalísimo privilegio, lleva en su cartera tres billetes de á cien pesetas, no pensará que posee un *triple* billete. ¿Entendería nadie al capitalista que hablase de haber comprado una *doble* yegua, para indicar la adquisición de un tronco para su berlina? ¿Ocurre á nadie decir alguna vez que el tiro de un ómnibus ó de una galera está formado por una *séxtuple* mula?

No puedo explicarme ese empeño en conservar una *manera de decir* que se halla indudablemente entre lo que no debe decirse, aunque pueda decirse; también podríamos decir, por ejemplo, que tal padre de familia tiene un *triple* hijo, para indicar que ha tenido tres retoños, y sin embargo, nadie dice eso; y si alguno lo dijese, nadie lo entendería. Como nadie entiende que el hombre tenga *doble* ojo, ni *doble* mano, ni *doble* pie, sino dos pies, dos manos y dos ojos; pues *dos* no es lo mismo que *doble*, ni lo ha sido nunca, ni lo será mientras los que hablamos en castellano no determinemos otra cosa.

Por estas razones y por muchas más que ahora no son del caso, ó que si lo son, á mí no me lo parecen, opino que deberíamos tomar por lo serio la empresa de concluir con esas *duplicidades*.

Y no vayan ustedes á imaginar que patrocino intransigencias ó que las doy de purista... Nada de eso; imaginarían ustedes un error. Soy ancho de manga en estas materias; he sido y soy (y creo que seré siempre) periodista, y es claro que disculpo esos errores, ó llamémosles gazapos, que cometemos todos, yo más que ninguno, y que no es posible evitar. No tengo por crimen imperdonable el galicismo, entonces seríamos todos criminales; no considero como pecado mortal, ni como venial, el barbarismo; no creo que incurre en falta grave, ni aun leve, el que emplea en sus trabajos voces extranjeras y nombra *meeting* á una reunión pública y *sauterie* á un baile privado. Ni siquiera me enojo cuando se dice en presencia mía *revancha* por desquite, ó *avalancha* por alud, ó *acaparamiento* por monopolio; ni me pongo nervioso porque desobedeciendo á la Academia española, que muchas veces no sabe lo que se manda, ni lo que se pesca, tomamos palabras y aun frases enteras á la francesa ó á la italiana, que también nos las toman á nosotros y se quedan tan frescas.

Por lo que no puedo pasar – y nadie pasa, por supuesto, – es por eso de que me hablen de tal modo que no sepa yo lo que quiere decirme el que me habla; eso es precisamente lo que ocurre cuando se da á los vocablos significado distinto del que tienen.

Y eso sucede justamente cuando para significar dos ó tres, dicen algunos traductores ó algún noticiero *doble* ó *triple*.

A. SÁNCHEZ PÉREZ

EL ANTIMONIO

SU HISTORIA Y SU ANTIGÜEDAD

Es una conseja tradicional que este cuerpo fué obtenido por aquel alquimista llamado Basilio Valentino en las postrimerías del siglo XV, y corre muy válida la especie de que debe su extraño nombre á haber causado víctimas y estragos en los monjes, que lo usaron á guisa de remedio en todos los males, cuando no de agente muy nutritivo y beneficioso.

Sea como quiera, haya existido ó no Basilio Valentino, cosa muy puesta en tela de juicio, es lo cierto que los alquimistas se dieron mucho al estudio de las combinaciones del antimonio. Buscaban unos el régulo, nombre que aun ahora se da al metal; otros inquirían la composición y cambios de color de la famosa estibina; los hubo entregados al kermes mineral y á la manteca de antimonio; muchos apuraban su ingenio en el tártaro emético; quién estudiaba las flores argentinas de antimonio y quién el nunca bastante ponderado azufre dorado. El carro triunfal del antimonio es uno de los monumentos de la alquimia. Y mientras se fraguaban las peregrinas historias de monjes envenenados y muertos, se formaban las leyendas de los remedios heroicos que del antimonio salían, naciendo con ellas sus magníficas aplicaciones á la medicina; en tanto se entretenían los alquimistas averiguando por qué cambiaba de color la estibina natural cuando se calentaba, á qué se debían las figuras de helecho que en la superficie del régulo se veían y qué adquiría ó perdía de cuerpo al convertirse en cal metálica, y las mujeres, sin hacer caso del anti-monje, empleaban la estibina para ennegrecer y aumentar los ojos, allá en Maguncia se forjaba uno de los más grandes inventos, una de las más civilizadoras invenciones, la imprenta, en cuyos caracteres se emplea la casi totalidad de antimonio que la industria produce.

Bien ajeno estaba el ingenioso fraile que redujo los óxidos de antimonio de que muchos siglos antes se le había adelantado un soberano artífice caldeo, quien no sólo supo obtener el régulo, sino que logró aplicarlo de manera bien feliz por cierto, ya solo, ya unido al cobre, constituyendo una de las más hermosas aleaciones conocidas; porque el uso industrial y artístico del metal de que me ocupo á aquella antigüedad se remonta, según luego veremos. No han de negarse, sin embargo, los merecimientos de los alquimistas, solícitos siempre, aunque errasen el camino, en buscar aplicaciones á los cuerpos que sin cesar descubrían y aislaban. Y en el caso del antimonio pudiera decirse que casi estaban tocando el famoso elixir de larga vida, término y fin de sus más sublimes teorías y coronamiento de sus más sutiles, arriesgadas y secretas operaciones. Era un metal susceptible de dar azufres, cales, mantecas y vidrios, y todas sus diversas apariencias no sólo se prestaban á metamorfosis indefinidas, sino que curaban las dolencias, prevenían los males y eran parte á criar carne y conservar la salud: tratábase de la famosísima panacea universal ó de algo que por lo menos se le parecía mucho. Su mineral, la estibina, tenía ya de viejo fama de engrandecer los ojos y ser útil á las mujeres: así lo decían Dioscórides y Plinio, y sus razones tendrían; además, había mucha estibina en la tierra y fué cosa sencilla transformarla de mil maneras. Su facilidad en producir humos por el calor, la prontitud con que daba cales diversas, su notable carácter de disolverse en el espíritu de sal, convirtiéndose en la humeante manteca de antimonio, y el no menos curioso de que el agua fuerte le convirtiese en polvo blanco, que el agua no disolvía, fueron parte á que el estudio del antimonio se considerase poco menos que obligado de todos los alquimismos y adeptos del arte prodigioso de la transmutación de los metales con todas sus consecuencias.

Es en verdad el antimonio de los cuerpos más abundantes y que en la naturaleza se presentan en mayor número de combinaciones. Se conoce el metal nativo, aunque escasea: el sulfuro, varios óxidos y hasta cincuenta y una especies mineralógicas bien estudiadas lo contienen. Esta variedad y la abundancia de la estibina, que es la verdadera mina de antimonio, fueron la principal causa de que los compuestos que pudiéramos llamar de laboratorio, en cuanto producidos mediante la influencia de los agentes químicos, se estudiasen desde lo antiguo y que algunos, como el kermes, ya conocido de Glaubero en 1658, pomposamente llamado *pulvis carthusianorum*, fuese hasta los comienzos del siglo presente objeto de teorías, discusiones, solícitos cuidados y continuados desvelos de alquimistas y químicos y aun de los gobiernos, merced á las excelentes propiedades y efectos terapéuticos de aquel notabilísimo compuesto.

Juzgando por los objetos que de él conocemos, más se ocuparon los artífices caldeos en las aplicaciones artísticas del antimonio que en las virtudes y raras cualidades de sus compuestos. No hace mucho tiempo que Berthelot, á quien tantos y tan valiosos estudios se deben referentes al origen de la química y á antecedentes y hechos de verdadera importancia que á nuestra ciencia aportó la alquimia, hizo notables y positivos descubrimientos respecto de los metales conocidos en las antiguas civilizaciones, que no usaron sólo el cobre, el oro, la plata y el plomo, sino sus aleaciones; pues además de los cuerpos metálicos consagrados á los siete planetas y que eran así como la piedra angular y fundamento de su ciencia, usaron en las artes, ya minerales pulimentados, ya mezclas metálicas y en no pocas ocasiones otros metales puros, de menos categoría, si así puede decirse, ya que no tenían planetas por patronos, ni estaban consagrados á aquellas divinidades que presidieran, serenas y augustas, su misteriosa formación en los senos mismos de la tierra.

La gloria del monje alquimista, astrólogro y nigromante, filósofo y artista en una pieza, que allá en los últimos años del siglo XV, después de afanes prolijos y operaciones infinitas, logró oxidar la estibina y reducir el óxido de antimonio, queda en cierta manera eclipsada por el sabio del siglo XIX, cuando descubre que un fragmento de vaso encontrado en las excavaciones de Tello por Sarzee es de antimonio puro, demostrándose así que los antiguos caldeos usaban el metal puro y no en aleaciones, como ahora se hace.

Considerando que es el antimonio metal de estructura cristalina, tipo de los llamados agrios y quebradizos, si de hermoso y brillante color, alterable al aire en la superficie, que ofrece entonces reflejos variados y poco ó nada susceptible de pulimento, se comprende que el vaso á que el fragmento encontrado ha pertenecido debió fundirse en molde á propósito y se explica bien que usaran tal cuerpo en la fabricación de objetos de cierto lujo y que entrase en las artes industriales, teniendo presente que el metal de que me ocupo, al enfriarse lentamente luego que ha sido fundido, presenta en la superficie hermosa cristalización en forma de helecho, que unida al brillo del cuerpo debía dar á los objetos magnífica y vistosa apariencia. El fragmento examinado por Berthelot tenía sencilla forma, y después de una ligera patina se descubría el metal negro, duro, frágil, que al romperse dejaba ver la masa formada de brillantes y voluminosos cristales. Su análisis demostró que eran antimonio metálico, y á la par que el metal perteneciá á la más antigua civilización caldea, porque el lugar donde fué encontrado está inhabitado desde el tiempo de los parthos. Pero no es este el único dato primitivo que en favor de la antigüedad del antimonio se debe invocar. En 1884 presentó á la Sociedad Antropológica de Berlín el eminente Virchow pequeños adornos de antimonio puro, que procedían de una necrópolis transcaucasiana y databan de los primeros tiempos del hierro.

De qué manera llegaron los antiguos á aislar el antimonio en condiciones de poder entregarlo á la industria y á las artes suntuarias de los más remotos tiempos, es cosa que puede conjeturarse acudiendo á testimonios de verdadero valor científico y á textos muy terminantes.

En primer término recordaré que el antimonio se encuentra nativo y no en arenas y pepitas, como el oro, ni mezclado con muchos metales, á ejemplo del platino, sino aislado y en masas y no raro, y de mí sé decir que he visto varios ejemplares de algunos kilogramos de peso. Debió parecerles una variedad de plomo, á causa de la semejanza del color, y acaso por verlo y observarlo menos alterable trataron de hacer de él vasijas fundidas en moldes de tierra.

Nótese además que la estibina ó sulfuro de antimonio, según ahora le llamamos, aquel mineral que agrandaba los ojos y era útil á las mujeres, es de los más abundantes de la Naturaleza, fácil de extraer y tan propicio á cambios que basta la llama de una bujía para hacerle dar humos blancos. La tostación de los minerales es práctica antiquísima y método usado á la continua cuando querían obtenerse aquellas cales metálicas que el carbón reducía más tarde en los primitivos y elementales hornos. Esta práctica había dado excelentes resultados con la galena ó sulfuro de plomo, de donde salieron el metal gris, de poco brillo, que á Saturno dedicaron, y parece natural que á la estibina, parecida á la galena, pero más blanda y deleznable, aplicaran también el fuego, que era prueba de todo lo corruptible, á la que sólo resistía el oro inalterable, origen primero de cuantos cuerpos fabricaba la Naturaleza, bajo la influencia de los siete planetas, en el interior del nuestro. Cita Berthelot dos textos de gran autoridad en la materia, los cuales no dejan duda alguna respecto de la antigüedad de la que pudiéramos llamar metalurgia del antimonio. El primero, que es del famoso Dioscórides, dice: «Se quema este mineral poniéndolo sobre carbones y soplando hasta la incandescencia; si se prolonga la tostación cámbiase en plomo;» y el segundo, que pertenece al insigne naturalista Plinio, se contiene en estas palabras: «Sobre todo, se necesita

tostarlo con precaución á fin de no convertirlo en plomo.» Ambos se refieren á la estibina, conocida y aplicada mucho antes de ellos en la medicina, y en los dos textos se comprende que se había establecido tal suerte de parentesco entre el antimonio y el plomo, que se creían reductibles uno á otro, y hasta llevando un poco lejos la analogía, conforme admitieron los más antiguos alquimistas que la Naturaleza procedía por tránsitos, y así de la falsa esmeralda natural (malaquita) había pasado á la verdadera, el antimonio representaba un trabajo anterior al plomo, pero tan próximo que en él podía convertirse tostándolo demasiado.

Como al descubrimiento del cobre, del estaño y del cinc siguieron al punto sus aleaciones de mayor uso, el bronce y el latón, era natural que mezclasen y fundiesen el antimonio con otros metales ya conocidos, buscando acaso manera de modificar sus caracteres, tornándolo menos agrio y más blando. Entre ellas son de notar dos principalmente: la que se obtiene fundiendo dos partes de antimonio y una de cobre, usada ya de larga data en objetos de lujo á causa de su hermoso tono violeta brillante y con magníficos reflejos, y las que se preparan uniendo el metal de que me ocupo con el plomo, empleadas ahora en los caracteres de imprenta.

Pueden verse en lo dicho las principales etapas de la historia del antimonio: conociéronlo los caldeos y lo emplearon en las artes; en manos de los médicos alquimistas fueron sus compuestos panacea universal, remedio y preventivo de todo linaje de males, y ahora cura las enfermedades del cuerpo y contribuye á calmar las ansias del espíritu, ansioso del saber y de la ciencia.

JOSÉ RODRÍGUEZ MOURELO



¿VENDRÁ?, cuadro de D. Enrique Mélida

DIÁLOGOS MATRITENSES

«EL INCENSARIO,» PERIÓDICO MINISTERIAL

– Señor director, ¿puede usted escuchar el preámbulo del artículo de fondo?

– Lea usted lo que guste.

– Allá va. Se titula «La Edad de oro.»

– No es malo el titulejo.

– Dice así: «Desde los tiempos prehistóricos no ha disfrutado esta hidalga nación de un gobierno tan patriarcal, tan magnánimo y tan generoso como el que hoy rige los destinos de la península...»

– ¡Bravo! Siga usted.

– «¿Y á quién se debe esto? A ese coro angélico que se oculta bajo el nombre de Consejo de ministros.»

– ¡Alto, alto, D. Pedro! Eso de coro angélico no me suena bien.

– ¿Por qué?

– Porque eso de comparar con los ángeles á unos señores panzudos y bigotudos, no me parece muy propio.

– Pero ¿somos ó no somos ministeriales?

– Sí, todo lo ministeriales que usted quiera, pero no por ello hemos de perder el sentido común.

– Distingo, señor director. Si el sentido común fuese de oposición, yo combatiría el sentido común.

– Pero D. Pedro de mis pecados, ¿no ve usted que si llamamos ángeles á los ministros nos exponemos á que algún periodiquillo oposicionista nos comente el artículo diciendo que son ángeles patudos, de cornisa ú otra desvergüenza por el estilo?, porque esos cesantes no se paran en barras. Nada, hay que variar ese párrafo.

– El caso es que yo luego comparaba á las oposiciones con Luzbel y demás ángeles caídos; es decir, con los cesantes de la corte celestial.

– Mucho lo siento, querido, pero no me gusta el tema.

– Pues me ha partido usted.

– Además, hay que tener presente que mañana se discute el proyecto de ley estableciendo los criaderos provinciales de ranas y que es muy de temer una crisis.

– ¡Una crisis! ¡Caracoles! Y ¿qué va á ser de *El Incensario*?

– Sosiéguese usted, que ya anoche hablé yo con quien usted sabe, y está conforme en que le incensemos á él. Para esto será necesario hacer una pequeña evolución, pero es preciso imponer este sacrificio á nuestras ideas.

– ¿Y la subvención?

– Hombre, no sea usted lila; pues si no hubiera subvención, ¿qué objeto tendría la evolución?

– Entonces se salvó la patria. Voy á retocar el artículo de modo que se acorten las distancias por lo que pueda tronar.

***

– Un portero de Gobernación ha traído esta carta.

– A ver. El sello es del gabinete particular... ¡Ah, sí! Es de García. «Señor director de *El Incensario*. Mi querido amigo y compañero: Por indicación especial de S. E. recomiendo á usted una vigorosa defensa del proyecto de Fomento sobre los criaderos provinciales de ranas. Fíjese usted en el suelto de *El Trabuco* de ayer y desmienta usted en absoluto lo que dice; pues aunque hay algo de lo que afirma esa gacetilla, no puede consentirse que se atrevan á dar lecciones al señor ministro. De usted como siempre, etc., J. J. García.»

Estos chicos de *El Trabuco* nos van á hacer salir los pelos verdes. Ya se lo decía yo al señor ministro: «Don Pancracio, déles usted una credencial, que si no cada día tendremos un lío,» y así ha sucedido... En fin, cómo ha de ser; pluma en ristre y á ellos. ¡Portero, traiga usted más cuartillas!

***

– A ver, Juanito, ¿qué ha escrito usted para la gacetilla?

– Aquí tengo cuartillas que harán columna y media.

– ¿Y de qué tratan?

– Pues de todo un poco y alegrito. El corte de hoy ha sido suculento. Mire usted: dos bodas aristocráticas; la exposición de flores y gatos; el entierro del obispo de Aranjüez; la cogida del *Palafustrán* y la novena de las Salesas. Me parece que no se quejará usted. Si después de la gacetilla está uno por exclamar como en *Robinsón*: «¡Oh qué buen país! ¡Oh qué buen país!»

– Por supuesto que no dirá usted nada del robo del correo de Extremadura ni de los asesinatos de Tarragona ni de las irregularidades de Cuenca.

– ¿Para qué? Eso ya lo contará *El Trabuco*, corregido y aumentado.

***

– ¿Es usted el redactor encargado de la sección política?

– Servidor de usted.

– Muy señor mío.

– Traigo una tarjeta de D. Justiniano el diputado, en la que me recomienda eficazmente á usted, como verá...

– Sí, en efecto; y... ¿en qué puedo servirle?

– Ahora verá usted. Yo soy el alcalde de Carraspera y allí los contrarios de D. Justiniano no hacen más que hacer el buey.

– ¡Hombre!

– Sí, señor; pues... un día dije yo «voy á cortaros las patas,» y una noche que estaban reunidos en el casino echando pestes de mí y del gobierno, porque son unos anarquistas descamisados, me presenté allí, los até á todos codo con codo... y á la cárcel.

–¡Caramba! Sabe usted que el procedimiento es ejecutivo.

–Si yo soy así. Pues bien: ¡creerá usted que porque los tuve una semana encerrados á pan y agua me han denunciado al juzgado y me han armado una causa criminal como un sol!

–¿Y qué le vamos á hacer nosotros?

–De la causa nada, porque D. Justiniano ya anda en el asunto; pero ustedes pueden ayudarme.

–Usted dirá...

–En *El Trabuco* han insertado mis enemigos un remitido diciendo de mí cien picardías y afirmando descaradamente que hago todo esto porque el jefe de bando me ha negado la mano de su hija, que yo quería casar con mi chico; por lo cual he escrito otro remitido que traigo aquí en el que digo que la chiquilla esa es una suripanta del peor género y que ella fué la que solicitó la mano de mi heredero.

–¡Pero hombre! Eso es *trop fort*. Usted quiere que le armen otra causa de peor índole que la anterior.

–¡Qué hombre! Déjese usted de causas, que todo eso son pamplinas.

–Y el remitido ¿está firmado por usted?

–No, señor; lo firma *un vecino honrado*. Si resultase algo, usted respondería.

–Pues me gusta la satisfacción. Aquí no respondemos de esas cosas, de modo que por mil y una razones no puede ser lo que usted quiere.

–¡Cómo que no! ¿Pues no ha leído usted lo que dice D. Justiniano?: «Sírvasele en todo y por todo.»

–Pero D. Justiniano no puede querer que yo vaya á presidio por usted y por cosas tan feas.

–Pues entonces, ¿de qué nos sirve ser accionistas de *El Incensario?*

–Eso es cuenta de usted; nosotros servimos al partido.

–¡Qué partido ni qué camueso! Ustedes están aquí para hacer lo que se les mande.

–Está usted en un crasísimo error y es lamentable...

–Lamentable, ¿eh? Ahora me voy al Congreso y verá usted lo que hace D. Justiniano. Ya se lamentará usted.

–Vaya usted enhoramala, so tío. Después de todo me tiene sin cuidado tu furor. Me han hecho proposiciones muy ventajosas para fundar un periódico en la República de El Salvador y me parece que me voy. Antonio, baje usted á la imprenta y que midan á ver cómo andamos de original.

***

–Con permiso... ¿Se puede?

–Adelante... adelante (¡Qué facha!)

–Vengo en representación de los maestros de instrucción primaria del partido de Carrascal del Rábano á ver si en su ilustrado periódico podía salir un *memorándum* que dirigimos al ministro del ramo, pidiendo...

–Ya, que les paguen ustedes.

–No, señor, no llega á tanto nuestro atrevimiento, aunque no estaría de más. Figúrese usted que á mí no me han abonado en veintiséis años que regento la escuela más que dos duros que me dió la Junta revolucionaria el año 69, acompañados de un oficio en que decía que habiendo terminado la época ominosa del obscurantismo tiránico, en nombre de la libertad habían acordado darme aquellos cuarenta reales para que festejara á *la gloriosa*. Por cierto que al dármelos el *tío Caifás*, que es el alguacil, me dijo: «Tome usted y reviente.» Pero ya no me he visto en otra.

–Y bien, Sr. D...

–Caralampio Pergaminete, para servir á usted.

–Pues Sr. de Pergaminete, deje usted ahí el original. Yo lo veré, y si se puede insertar... Por supuesto que no contendrá ideas subversivas ni cosa así; porque un periódico ministerial, ya comprende usted...

–¿Quiere callar? Puede usted estar tranquilo; es sólo un bombo al Excmo. señor ministro suplicándole nos autorice á formar una estudiantina á fin de pedir limosna los días de Carnaval.

–¡Hombre! Eso no se puede insertar...

–¿Que no?

–No, señor; eso es un insulto al partido al cual me honro en pertenecer, porque eso es tanto como decir que ustedes están...

–En la inopia, señor, en la inopia... y es la verdad.

–Bueno, pero eso no se puede poner en letras de molde.

–¡Ah! Nosotros creíamos que el comer no era cosa política.

–Pues sí, señor, lo es cuando el apetito es irrespetuoso.

–Vaya, todo sea por Dios.

–Nada, lo siento mucho; pero puede usted llevar el papelote á un periódico de otro color.

–¿De qué color?

–Del que usted quiera, porque lo mismo han de sacar ustedes.

–Y diga usted, ¿tendría usted por casualidad un par de reales sueltos?

–¡Hombre, me pilla usted en una ocasión!..

–Y ¿un realito? Aunque no fueran más que veinticinco céntimos de peseta.

–No llevo ni un perro chico.

–Y ¿un cigarrito? Un pitillo, simplemente un papelito...

–Sí, hombre, tome usted dos.

–Muchas gracias. Y ¿una cerillita?

–Vaya, ahí va la cerillita.

–Dios se lo premie. Voy á ver si en otra redacción soy más afortunado. Usted lo pase bien.

–Vaya usted con Dios, Sr. D. Caralampio. ¡Qué país, qué país! ¡Bonita preparación para manejar hoy *El Incensario* en honor del ministerio de Fomento.

A. Danvila Jaldero

SECCIÓN AMERICANA

EL BARÓN, POR EDGARDO POE

(Conclusión)

III

Alejóse de allí Federico buscando aire libre que respirar, porque se ahogaba; y como se dirigiese á la puerta principal del castillo con propósito de salir al parque, llegado que hubo á ella encontró á tres de sus escuderos que no sin gran dificultad y riesgo personal sujetaban un brioso y gigantesco caballo de color de fuego.

–¿De quién es ese caballo? ¿Dónde lo habéis encontrado?, preguntó el joven con voz ronca y convulsa, creyendo ver en el bruto vivo el mismo de la tapicería, porque, en efecto, así lo parecía.

–Es vuestro, señor, contestó uno de los interpelados, ó al menos no es de nadie. Lo hemos cogido cuando escapaba, envuelto en humo y cubierto de espuma, de las incendiadas caballerizas del castillo de Berlifitzing, y suponiendo que sería uno de los caballos extranjeros del señor conde, quisimos devolverlo á sus criados; pero éstos se negaron á recibirlo, diciéndonos que no era de la casa; lo cual nos sorprende, porque, como veis, tiene señales evidentes de haber librado del fuego á duras penas.

–Además lleva en la frente las iniciales del señor conde, interrumpió uno de los compañeros; pero los del castillo aseguran que no lo han visto nunca.

–¡Es muy extraño todo esto!, exclamó el barón preocupado y sin darse cuenta del alcance de sus palabras. ¡Vive Dios que es en verdad un prodigio este caballo, y que á pesar de su genio indómito, lo marco por mío! ¡Quién sabe, añadió, si el barón de Metzengestein no es jinete capaz de domar al mismo diablo que venga en forma de caballo de las cuadras de Berlifitzing!

–No tema tal cosa el señor barón, interrumpió uno de los escuderos, que bien ciertos estamos de que no viene de allí éste que tiene delante su señoría. De no ser así como decimos, á buen seguro que lo hubiésemos traído al castillo.

–¡Bien está!, dijo secamente Metzengestein.

En aquel punto llegó corriendo del Palacio un paje, se acercó al joven y le habló quedo y con misterio del desprendimiento repentino de una figura de la tapicería de cierta cámara del castillo, añadiendo muchos y prolijos detalles acerca del suceso, que no pudieron entender los escuderos por haber pasado la conversación en voz muy baja. En cambio advirtieron que durante la plática palideció el barón de una manera extraordinaria, pareciendo agitado de opuestos impulsos. Pero luego se repuso, recobró la calma, y con rostro moreno, en que se reflejaba la perversidad de su alma, dijo al paje que sin más tardanza cerrase la cámara del tapiz y le trajese la llave.

–¿Sabéis, señor barón, que ha muerto esta noche de una manera horrorosa el conde de Berlifitzing?, dijo uno de los escuderos del joven Metzengestein con mal disimulada complacencia, cuando se hubo retirado el paje y en ocasión que el caballo aparecido se lanzaba dando botes y llevando más que de paso al escudero que lo sujetaba del diestro por la prolongada y ancha avenida que se extendía desde el palacio-castillo hasta las caballerizas.

–¡No!, contestó el barón, volviéndose bruscamente al que le hablaba. ¿Muerto, dices?

–¡Muerto!, sí, señor; así es la verdad, y presumo que á su señoría no ha de ser desagradable la noticia.

Una sonrisa fugaz iluminó la fisonomía del barón.

–Pero ¿cómo ha muerto?

–Esforzándose, sin tener en cuenta sus años, en salvar algunos caballos de las llamas, pereció en ellas.

–¿Es cierto eso?, exclamó el barón lentamente y como si esperase la respuesta de sí mismo.

–Certísimo, señor, contestó el vasallo.

–¡Qué horror!, dijo con tranquilidad, y volvió á entrar en el castillo.

IV

A contar de aquella noche comenzó á notarse un cambio muy sensible y extraño en la conducta del barón; como que desbarataba con ella las esperanzas é intrigas de las madres, y que sus costumbres se apartaban más cada día de las aristocráticas de sus iguales. Nunca se le veía fuera de las lindes de sus propiedades, ni recibía en su castillo á nadie, ni tenía más compañero que su caballo predilecto, es á saber, aquel tan indómito y extraño que le trajeron sus escuderos la noche del temeroso incendio del palacio de Berlifitzing y que montaba continuamente; pero no obstante su retraimiento, y acaso por él, llegaban á sus manos con más frecuencia de lo que él quisiera mensajes de las castellanas vecinas, convidándolo á sus banquetes, monterías y saraos, cosas todas que desairaba siempre sin curarse mucho de la forma en que lo hacía. Unas en pos de otras fueron renunciando á él las madres de doncellas casaderas y los jóvenes de la clase aristocrática, quedándose Metzengestein solo con sus vasallos, colonos y criados y su favorito, el caballo de color de fuego.

Bien será decir, y lo consigno á título de narrador fiel, que en cierta ocasión, aludiendo al barón é inspirándose acaso en antiguos odios y rivalidades de familia, exclamó la viuda del desgraciado Berlifitzing:

–¡Plegue al cielo que Metzengestein, ya que desdeña el trato de sus iguales, no pueda salir de su casa cuando no quiera estar en ella, y que lo lleve su caballo adonde él no quiera, ya que los pospone á un bruto!

Palabras á mi parecer vacías de sentido y eficaces sólo á demostrar que, cuando queremos dar á nuestro lenguaje una forma por todo extremo enérgica, sólo conseguimos hacerlo singularmente absurdo.

Y como es fuerza que cada cual comente y discuta el modo de ser de su vecino, mientras las personas caritativas atribuían el cambio de costumbres del barón al pesar natural que causa en los hijos educados en buenos principios la pérdida de sus padres, olvidándose de la conducta desaforada que observó durante los días que siguieron más inmediatamente á su desgracia, las que no lo eran tanto le atribuían ideas exageradas en orden á la nobleza de su alcurnia y á la dignidad de su estado, y las que aún lo eran menos hablaban sin empacho de cierta melancolía mórbida y de achaques hereditarios, y hasta insinuaban otros defectos, no físicos por cierto, y que le hacían repulsivo y temible.

A decir verdad, el cariño singular, inexplicable y absurdo del barón hacia su caballo parecía cobrar más fuerzas cada día y con cada nueva muestra de sus instintos feroces y diabólicos, llegando á ser á los ojos de todas las personas sensatas un cariño espantable y contrario á la naturaleza. Porque lo mismo en mitad del día que en la obscuridad de la noche, con sol ó con lluvia ó con nieve, así estuviera el tiempo sereno y apacible como tempestuoso, y así fuese con salud como doliente, Metzengestein parecía siempre dispuesto, y lo estaba, en efecto, á pasar las horas enteras en compañía de aquel bruto, cuyo carácter se concertaba y avenía tan perfectamente con el suyo.

No contribuyeron poco también á imprimir cierto carácter sobrenatural y monstruoso á la manía del caballero y á las aptitudes del caballo algunas circunstancias de ambos, relacionadas con sucesos recientes. El caballo, por ejemplo, cuando saltaba lo hacía de suerte que más parecía volar, pues era tanta su pujanza que todos quedaban estupefactos considerando el espacio salvado por él de aquella suerte. A su vez el barón no le había puesto nombre, acaso para diferenciarlo así de los otros, ni tampoco lo alojó en la misma caballeriza de los demás, sino es en una particular y un tanto apartada de las cuadras y establos del castillo; y en cuanto á su limpieza y cuidado, nadie que no fuese Metzengestein en persona se hubiese atrevido en ningún caso á intentar una ú otra cosa, y menos aún á entreabrir siquiera por curiosidad la puerta de su retiro. Decíase también, á propósito del bruto, que aun cuando la noche del incendio del castillo de Berlifitzing se apoderaron de él los escuderos del barón y consiguieron sujetarle con auxilio de una fuerte cadena de nudo corredizo,



Centenario del descubrimiento de América.-Representación catalana en la procesión cívica

(Copia exacta de la lámina publicada en la Habana por la Sociedad de Beneficencia de Naturales de Cataluña.)

ninguno de los tres pudo decir nunca con certeza que durante la brega, ni después tampoco, llegase á tocarlo con las manos. Y si á esto se agrega una muchedumbre de circunstancias y detalles singularísimos que concurrían en el caballo de color de fuego, que se decía, *nemine discrepante*, que á veces retrocedieron espantados los curiosos al ver la formidable y significativa grandeza de su marca, y que no pocas palideció el mismo Metzengestein y volvió el rostro al advertir la expresión extraordinaria de su mirada casi humana, se comprenderá mejor que si las mayores muestras de inteligencia que dé un caballo no son parte á excitar en alto grado el humano espíritu, en el aparecido la noche del incendio todo era ocasionado á impresionar é influir en determinado sentido la imaginación de las gentes, y que por lo tanto no es extraño que aun aquellos más incrédulos, flemáticos é inconmovibles, mirasen á éste con terror supersticioso y lúgubres presentimientos.

Sólo uno entre los criados del barón dudó siempre de la sinceridad del afecto que parecía tener su amo al caballo favorito, y fué cierto pajecillo, cuya fealdad se veía en todas partes y cuyas opiniones tenían escasísima importancia en la servidumbre. Esto no obstante, y haciendo uso de su derecho, cada vez que se trataba del asunto en las antecámaras y cocinas emitía su opinión contraria de todo en todo á la de sus compañeros, afirmando con el mayor descaro que su amo no había montado una sola vez el caballo de color de fuego sin sentir horripilaciones, imperceptibles á quien, como él, no lo hubiera observado, y que cuando volvía de sus largos y habituales paseos se dibujaba en su rostro una expresión apenas sensible de malicia triunfante.

V

Así departían los criados del barón al amor del fuego que ardía en una prominente chimenea cierta tempestuosa noche de invierno, cuando Metzengestein, no pudiendo conciliar el sueño, abandonó el lecho, y cruzando por una crujía de salones solitarios con una linterna en la mano bajó las anchas escaleras del castillo, abrió una puerta y se dirigió en busca de su caballo. Pocos minutos después se oyó galopar en la obscuridad, perdiéndose luego el ruido en dirección del bosque vecino.

Con ser el hecho tan usual y dadas las costumbres del barón, no muy ocasionado á causar preocupaciones en la servidumbre del castillo, ya fuese por efecto del discurso del paje, ya por lo tempestuoso de la noche, ya por cualquiera otra causa, es lo cierto que los criados vieron con inquietud la intempestiva salida del señor y que se propusieron esperar su vuelta. Dos horas habían transcurrido de esta suerte cuando se oyeron gritos de angustia y pasos precipitados en la escalera principal, que llenaron de alarma, y ¿por qué no decirlo?, de miedo á los soñolientos servidores de Metzengestein.

«¡Fuego! ¡Huyamos! ¡El castillo arde por los cuatro costados!,» voceaban los que subían para prevenir del peligro á sus compañeros. Y así era, en efecto; que no parecía sino que debajo de los sótanos se había entreabierto el cráter de un volcán y dejaba escapar por sus bordes calcinados llamas de una intensidad y violencia verdaderamente infernales. Pocos minutos después aquella maravilla del arte conocida con el nombre de castillo de Metzengestein, moblado por tan espléndido y suntuoso modo y donde el buen gusto, auxiliado de la riqueza, fué acumulando en el transcurso de algunas generaciones un tesoro incalculable, crujía y chispeaba desde los fosos á la torre del homenaje, á impulsos de un incendio formidable, voraz é inextinguible hasta el fin; como que todo él se veía en aquel punto y desde muy larga distancia envuelto en una veladura de fuego. Y como quiera que cuando se descubrió el incendio había ya hecho tales progresos que no era posible atajarlos, la población entera de la comarca, juntamente con la servidumbre del barón, se cruzó de brazos y quedó absorta contemplando en silencio aquel desastre. Pero he aquí que un objeto nuevo y terrible distrajo á los espectadores, llamándoles la atención hacia otra parte y probando con esto cuánto mayor es el interés que inspira siempre á las muchedumbres las agonías de un ser humano que no la destrucción de la materia inanimada por formidable que sea.

Era que por la dilatada y ancha calle de seculares encinas que comenzaba frente á la puerta principal del castillo y se perdía en la selva, venía desbocado un caballo, pero con tan impetuosa carrera, que hubiera podido desafiar y vencer en ella al mismo demonio de la tempestad. El jinete que lo montaba, destocado y con las ropas en desorden, hacía esfuerzos sobrehumanos para contenerlo; pero inútilmente, y de que así lo creía, daban testimonio la palidez y angustia de su rostro. Sin embargo, solo un grito escapó de sus labios contraídos de terror. Cuando llegó el caballo cerca del recinto resonaron sus herraduras en las piedras de una manera extraordinaria, y su estrépito sobrepujó al rugido de las llamas y del viento; detúvose un segundo frente á la puerta del castillo, y franqueándola de un salto, juntamente con el foso, trepó la escalera, desapareciendo con el barón en el torbellino de aquel fuego caótico.

La furia de la tempestad cedió á seguida, quedando en calma el aire. Un velo de fuego envolvió como en un sudario transparente todo el edificio, y su reflejo sobrenatural iluminó el espacio, viéndose entonces allá en lo alto, por sobre la torre del homenaje, una densa nube de humo en forma de caballo gigantesco al que servía de basamento el incendiado castillo de Metzengestein.

Traducido por Juderías Bénder

LOS MAIMONES

Cuando yo conocí á Juan *Galán* podía tener unos diez y ocho años, y era bajito de estatura, regordete y bastante feo; casi demasiado.

Le hacían mucha burla los otros mozalbetes, que sabían de memoria una especie de filiación ó reseña de Juan en aleluyas de varias dimensiones, por este estilo:

Sus señas particulares
son un papo y tres lunares;

El pelo ensortijado
de liendres empedrado;

Color de aceituna,
vergüenza ninguna, etc.

El mote de *Galán* creo que se le había puesto su madre, sin querer, naturalmente.

La pobre mujer, á quien como á todas las madres parecía su hijo hermoso como un sol, acostumbraba á llamarle *galán* á cada paso, cuando era niño.

–¡Juan! Ven acá galán... Haz *esto*, galán... Haz *lo otro*, galán...

Y como precisamente al pobre Juan le sentaba muy mal el epíteto, á la gente del pueblo le hizo gracia y le confirmó con él para toda la vida.

Juan *Galán* salió con afición á la música, y aprendió á tocar una chifla del sistema primitivo, algo parecida á una dulzaina. Sólo que aprendió á tocarla mal, y siempre la tocó lo mismo. Aparte de que el sonido de la chifla era de suyo bastante desagradable.

Juan se empeñaba, sin embargo, en acompañar con ella á los mozos todas las noches que cantaban la ronda, no sin que protestara siempre Santiaguín, el mozo viejo que tocaba el tambor, quejándose de que Juan con la chifla le hacía perderse.

–En cuanto se pone á mi lado ese demonio de disonante, decía Santiaguín, y comienza á hacer el *fliu, fliu*, ya no sé por dónde ando.

Los demás mozos, fuera de Santiaguín, toleraban á Juan *Galán* porque les divertía mucho con sus cosas.

Cada noche inventaban un juego nuevo en el que Juan fuera el pagano, y al día siguiente contaban las inocentadas de Juan, ponderando lo mucho que se habían reído á su cuenta.

La dueña de las ovejas que guardaba Juan, que por entonces era pastor, le reconvenía de cuando en cuando compadecida de su simpleza.

–No vayas á cantar la ronda con los mozos, Juan, no vayas, le decía. ¿No ves que hacen diabluras contigo y siempre se ríen de ti?... ¡Cuánto mejor estás en casa!

–¡Quia! No, señora, la contestaba Juan; déjeles usted que se rían... Ellos se ríen de mí y yo me río de ellos... Así se divierte la gente.

Nada. No había manera de sacarle de esta conformidad desastrosa.

Una noche de luna discurrieron los mozos, para divertirse con Juan, ponerse á jugar en medio de la plaza á *fierros*, que es un juego parecido al de la gallina ciega, donde la mayor dificultad no consiste para el vendado en coger á uno de los que andan alrededor y le dan cachetes y empujones, sino en acertar á decir quién es el que tiene cogido.

–*Fierro* tengo, dice el vendado cuando ha logrado sujetar á uno de los que juegan.

–¿Quién es?, le preguntan en seguida.

–Fulano, contesta él.

Si acierta á decir el nombre del preso, le responde el coro: «¡Que lo pague!,» y entonces se quita la venda para que se la ponga el cogido; pero si no acierta, le contestan: «*¡Cebada!*,» y tiene que seguir vendado.

Como Juan *Galán* llevaba zamarra, y era el único que la llevaba, en cuanto le palpaban la lana conocían que era él y tenía que vendarse. Él en cambio no podía distinguir entre los demás y no acertaba casi nunca á decir quién era el que había cogido, con lo cual seguían dándole *cebada* y hundiéndole á golpes.

Por fin acertando una vez á decir el nombre de un preso, tuvo sustituto en el corro, y habiendo llegado á entender que le conocían por la zamarra, discurrió quitársela.

Pero el infeliz se quedó en mangas de camisa, cuando los otros tenían chaqueta, y le conocían lo mismo...

Otra noche, estando en la hila, le propusieron á Juan los otros mozos si quería ir con ellos á *maimones*.

–¿Qué son maimones?, preguntó Juan ingenuamente.

–¡Ja, ja, ja, ja!..

–Pero ¿no sabes qué son maimones?

–Pero ¿nunca has visto los maimones?

–Pero ¿no has ido nunca á maimones?

–Pero ¿dónde te has criado que no conoces los maimones?

La carcajada general y la lluvia de preguntas que siguieron á la suya convencieron á Juan *Galán* de que los maimones debían de ser muy conocidos y de que, por consiguiente, no le convenía confesar su ignorancia, sino por el contrario, aparentar que estaba al tanto de todo y que sólo en broma había hecho la primera pregunta.

–¿Pues no he de saber yo lo que son maimones?, repuso Juan. ¡Bueno, bueno!.. Lo sé de sobra...

–Entonces ¿para qué preguntabas lo que eran?

–¡Toma!, porque en algo se ha de divertir uno.

–Bueno, y ¿te atreves á ir á ellos ó no?

–¿Cuándo he dicho yo que no á nada?.. Por mí, ya estamos andando...

–No van á salir esta noche los maimones, dijo siguiendo la corriente uno de los ancianos de la hila, porque es ya muy tarde.

–Sí salen, sí, le contestó un mozo; todavía salen, y habiendo como hay un poco de nieve, mejor.

–Lo que hará será buen frío en el soto, añadió una hiladora, porque siempre á las orillas del río corre una bufina...

–El frío es lo que menos importa, dijo Juan *Galán*, siempre animoso para todo.

–Así es, añadió uno de los expedicionarios, y especialmente á ti, si vas decidido á traer uno, poco te puede importar el frío, porque ya entrarás en calor.

–Dénos usted dos ó tres costales, dijo otro, dirigiéndose al ama de la casa.

–Bastante será uno, replicó ella.

–No, no; dénos usted dos ó tres, insistió el que pedía; pues más vale que sobren que no que falten.

Con todas estas cosas, combinadas allá á su manera en su angosto caletre, Juan *Galán*, que nunca hasta entonces había oído hablar de maimones, se iba figurando que se trataba de caza ó de pesca; es decir, que los maimones debían de ser algunos animaluchos residentes en el río ó en sus orillas, y no se veía en horas de marchar para ver si lograba coger alguno.

En cuanto el ama de la casa trajo los costales, salió de la cocina la expedición, compuesta de siete ú ocho individuos.

–Hasta luego, dijeron los que se iban.

–¡Que os pinte bien!, dijeron con aparente formalidad los que se quedaban.

Cuando los cazadores ó pescadores, pues Juan no sabía todavía lo que eran, llegaron al soto, el que dirigía la operación cogió á uno de sus compañeros y le dijo:

–Quédate aquí, que este es buen sitio, y no te muevas hasta que te llamen.

Veinte pasos más adelante cogió á otro compañero y le dijo lo mismo.

Y otros veinte pasos más allá, ya cerca de la orilla del río, cogió á Juan *Galán* y le dijo otro tanto...

Por supuesto, que los dos primeros destacados, como conocían perfectamente la broma, en cuanto se quedaron solos echaron á andar para casa tranquilamente, y poco después de haber vuelto á entrar en la hila, entró también el resto de la cuadrilla, menos Juan *Galán*, que era el único que se había quedado de centinela en medio del soto.

Después de muy reído el caso se pusieron á jugar á la brisca, y llevaban ya jugados tres ó cuatro partidos cuando el ama de la casa, compadecida del pobre Juan *Galán*, les dijo:

–¡Vamos, vamos! Dejad ya eso y volved por aquel pobre muchacho que se estará helando de frío.

–¡Ca! No lo crea usted, la contestó uno. Estará en sus glorias, esperando los maimones.

–¡Andad, andad, insistió ella, que para broma ya es buena!

–Pues vamos allá, dijeron ellos.

Y encaminándose silenciosos á la orilla del río, te-



EL DESCANSO DEL MODELO, cuadro de C. Hartmann

niendo cuidado de no pasar por donde estaba Juan *Galán*, metieron en uno de los costales una piedra enorme que lo menos pesaría siete arrobas, y después de bien atada la boca del costal, empezaron á gritar con alborozo:

–¡Juan! ¡Juan! ¡Quico! ¡Pepe! ¡Acá, acá, que ya cayó uno!

Juan *Galán* llegó de cuatro saltos adonde oía las voces, y se encontró con sus compañeros que aparentaban grande regocijo.

–Tardaron en salir, decían, pero al cabo salió uno bueno... porque es muy grande.

Juan manifestó deseo de verle; pero le pusieron por delante el peligro de que se escapara si se abría el costal y no insistió.

–Lo que has de hacer es cargar con él cuanto antes, le dijo el director de la operación: ya que no le cogiste, llévale.

Y el pobre Juan *Galán*, ayudándole los demás á echarle al hombro, cargó con el costal y llegó medio reventado á la cocina.

Entrar en ella y comenzar á llover multitud de preguntas zumbonas y burlescas sobre Juan, todo fué uno.

–¿Qué tal, Juan?.. ¿Se te hacía el tiempo largo?, le decía una mujer con aparente benevolencia.

–¿Pesa mucho?, le preguntaba otra.

–Pocos habrás visto más grandes, ¿eh?, le decía la de más allá.

Juan contestaba á todos complaciente y muy complacido, considerándose el héroe de la fiesta.

Mas, allá en su interior, le devoraba la curiosidad de ver el maimón y de saber qué clase de bicho podía ser aquel que siendo tan pequeño pesaba tanto.

–Vamos, ahora prepárate á matarle si te sientes con valor para ello, le dijo el mozo que había dirigido la cazata, entregándole al mismo tiempo una hacha de cota y añadiendo:

–No creas que está seguro todavía; pues al abrir el costal puede escaparse... Has de estar con mucho cuidado para darle un buen golpe en cuanto asome la cabeza... Pero no has de darle con el corte, porque tienen el pellejo muy duro y no les entra el hacha: dale con la cota á ver si le dejas atontecido, que después ya nos arreglaremos con él.

Juan *Galán* cogió el hacha, la levantó en actitud formidable y clavó los ojos en el costal con gran fijeza.

Un mozo cogió el costal por los cornijales y empezó á tirar de él poco á poco para que el maimón se fuese corriendo hacia la boca.

IGNORANCIA É IMPOSTURA, cuadro de C. J. Becker



CANCIÓN DE PRIMAVERA, cuadro de Bouguereau, grabado por Baude

Cuando ya estaba cerca y mientras todos encargaban á Juan mucho cuidado de no dejar escapar la presa, el del costal tiró de pronto, y dejó al descubierto en medio de la cocina un descomunal canto realengo, sobre el cual descargó Juan con todas sus fuerzas un enorme martillazo con la cota del hacha, no sin que le lastimara los dedos el astil por la repercusión del golpe dado tan en duro.

La risa estrepitosa que soltaron todos al sonar el martillazo no fué bastante para sacar de su error á Juan *Galán*, que se disponía á secundar, y lo hubiera hecho con más fuerza si no le quitan de la mano el instrumento.

No le cabía á él en la cabeza que aquello que tanto trabajo le había costado traer desde la orilla del río no fuera en realidad un animalejo. Estaba viendo la piedra y todavía le parecía que iba á echar á correr y á escaparse.

– Pero, tonto, ¿no ves que es un canto?, le dijo por fin el ama de casa pudiendo con trabajo hacer oir su voz entre las carcajadas de los demás.

Entonces Juan se rió también como todos, y poco después repetía muy conforme:

– Así se divierte la gente.

ANTONIO DE VALBUENA

MISCELANEA

Bellas Artes. – En el coro de la iglesia de Ehingen (Wurtemberg) se han descubierto varios cuadros antiguos, probablemente del siglo XV, algunos de ellos en perfecto estado de conservación.

– La Galería Nacional de Berlín ha adquirido el cuadro del reputado pintor español D. Luis Alvarez *La silla de Felipe II.*

– Después de haberse puesto de acuerdo el gobierno inglés con el coleccionador Tate respecto de la concesión de un terreno para la construcción de un museo, el Estado ha aceptado el regalo que le había sido ofrecido por dicho Mr. Tate de una colección de obras del arte inglés moderno, que será la base de una galería análoga al Luxemburgo de París. Forman parte de la colección obras reputadas entre las más notables de Millais, Leighton, Orchardson, Fieldes, Boughton, Frank Holl, Landseer y otros.

– La Asociación Artística de Munich ha conseguido por fin que el Estado le cediera para la próxima Exposición el Palacio de Cristal. Los disidentes, que forman una agrupación importante por su número, su valía y sus tendencias, y que han rechazado toda mediación del gobierno para una reconciliación con aquélla, proyectan celebrar una Exposición particular en Dresde.

– En la última Exposición de Bellas Artes celebrada en Berlín se han vendido obras por valor de 212.500 pesetas, se han recaudado 206.250 y se han gastado 192.500, resultando, por ende, un sobrante de 13.750.

– Dícese que el maestro Leoncavallo está componiendo la música para una gran trilogia que tendrá por asunto tres hechos importantes del Renacimiento italiano: la primera ópera se titulará *La conjuración de los Pazzi*, la segunda *Savonarola* y la tercera *César Borgia.*



M. RIBOT, presidente del Consejo de ministros de Francia (de fotografía de Pirou, París)

Teatros. – El teatro Real de la Opera, de Berlín, y el teatro de la Corte, de Viena, han adquirido el derecho de representación de la última ópera de Mascagni, *Los Rantzau*, que en breve se pondrá en escena en dichas capitales.

– En Hamburgo se han estrenado con buen éxito en el teatro de la Ciudad una ópera fantástica *La Willis*, de Giacomo Puccini, y en el teatro Carlos-Schultze la opereta de Aurelio Donndorf *Un noble arruinado.*

París. - Se han estrenado con buen éxito: en el Vaudeville *Monsieur Coulisset*, vaudeville en tres actos de los conocidos escritores Blum y Toché, que pertenece al género de las comedias de enredo en que tanto sobresalen sus autores y que abunda en peripecias cómicas; en la Porte-Saint-Martin, un drama en cinco actos y diez cuadros, de F. Oswald, E. Gugenheim y G. Le Faure, titulado *En el Dahomey*, de argumento interesante y de actualidad y de gran espectáculo, y en el Gran Teatro la ópera en tres actos *Merowig*, letra de G. Montorgueil y música de S. Rousseau: esta partitura, premiada en el concurso de la ciudad de París del año pasado, sin ser una obra maestra, contiene algunos números de primer orden, como el sueño de la reina al comenzar el segundo acto y todo el segundo cuadro de éste, que es grandioso.

Londres. – El Covent-Garden ha comenzado la temporada de invierno estrenando la ópera *Irmengarda*, que ha obtenido un éxito extraordinario: el argumento está tomado de un episodio histórico ocurrido en 1140 en la ciudad suabia de Weinsberg, al final del largo sitio que puso á ella el rey de Franconia Carlos III; el libreto, de Beatty-Kingston, está traducido del italiano, de A. Zinardini, el cual á su vez lo había traducido del alemán, de P. Gisbert; la partitura, del maestro inglés Emilio Bach, es muy inspirada y revela gran originalidad y un perfecto conocimiento del carácter dramático que debe tener la ópera moderna y de la técnica instrumental.

Necrología. – Han fallecido recientemente:

Monseñor Dumont, ex obispo de Tournai (Bélgica), que representó un papel importante en la *Cultur-Kampf* belga, y fué destituído de su cargo por el Papa por haberse adherido al gobierno liberal.



M. BRISSON, presidente de la comisión parlamentaria de información sobre el ruidoso asunto del canal de Panamá (de fotografía de Ladvey, París)

Jay Gould, archimillonario norte-americano, dueño de una red de ferrocarriles de más de 12.000 millas de longitud.

C. F. Maurer, notable escritor alemán, autor de la interesante obra *Las batallas decisivas de la historia universal.*

Renato Gronland, notable pintor berlinés de frutas y flores y profesor muy reputado.

Federico, príncipe de Hohenloe Oehringen, general wurtembergués, ayudante del rey.

Ernesto Werner de Siemens, uno de los más célebres físicos é ingenieros contemporáneos, autor de notables inventos relacionados con la telegrafía y el alumbrado eléctricos, individuo de la Academia de Ciencias de Berlín.

Federico Torre, general italiano; tomó parte en las luchas de 1848 del Veneto, hubo de emigrar á Grecia después de la entrada de los franceses en Roma, escribiendo entonces sus *Memorias históricas* y un *Vocabulario latino é italiano;* en 1873 fué nombrado teniente general, más tarde diputado y en 1884 senador.

El príncipe Guillermo Bonaparte Wyse, el eminente poeta provenzal, fundador del *Felibrigio* y autor de inspiradísimas poesías.

D. Ildefonso Antonio Bermejo, antiguo y reputado literato y periodista español, autor de *La Estafeta de Palacio*, interesante colección de documentos históricos y de multitud de curiosos trabajos de historia de nuestra patria y colaborador en los principales periódicos y revistas de España.

D. Victoriano Suances y Campo, contraalmirante de la escuadra española.

NUESTROS GRABADOS

Duda, cuadro de D. José Garnelo. – El sentido cuadro que reproducimos, una de las mejores obras del laureado pintor D. José Garnelo, hállase inspirado por completo en el concepto moderno. En él revélase al pintor y al artista, que sin sujetarse á trabas, rinde á la época en que vive el tributo que se le debe, puesto que ha pintado una página de la historia contemporánea, representando un drama íntimo, oculto, que evidencia las luchas del espíritu, la batalla librada entre el deber impuesto y una pasión contrariada.

Un nuevo lauro acaba de alcanzar en la Exposición internacional de Bellas Artes, abierta actualmente en Madrid, en donde ha sido premiado con medalla de oro su gran cuadro titulado *Primeros homenajes en el Nuevo Mundo á Colón.*

¿Vendrá?, cuadro de D. Enrique Mélida. – El nombre de este notable pintor español no ha mucho fallecido en París, donde residía, es de los que ocupan lugar preferente en la historia artística de nuestra patria. Desde 1864 en que se presentó por primera vez en público, en la Exposición internacional de Bayona, obteniendo mención honorífica, hasta su muerte acaecida á mediados del presente año, su carrera fué una serie de triunfos y su vida una vida de trabajo constante: así se comprende el larguísimo catálogo de sus obras que figuran en museos y en las principales galerías particulares. El cuadro suyo que reproducimos es buena muestra para juzgar de su talento: aquel rincón de patio da perfecta idea de los encantos que en la hermosa Andalucía alegran el interior de las casas, y aquella maja, tipo genuino de la belleza andaluza, es una maravilla de expresión y un reflejo acabado del carácter de las mujeres de aquella raza; en su cara y en su actitud se ve la duda del que espera, pero se adivina la confianza de la que está segura de su mérito, y por ende de que no esperará en vano; esa muchacha ciertamente se pregunta: *¿Vendrá?*, pero á la vez se contesta en sus adentros: ¡Pues no ha de venir!

Centenario del descubrimiento de América en la Habana. – La representación catalana en la procesión cívica. – Brillante fué la representación que los catalanes tuvieron en la procesión cívica que para celebrar el cuarto centenario del descubrimiento de América se verificó en la Habana el día 16 de octubre último. El carro de la época anterior al descubrimiento representa á Hércules entre las columnas donde acaba de grabar el *Non Plus Ultra* y en último término se ve á una india que simboliza el nuevo mundo. El carro del descubrimiento figura á Colón alzando el velo que ocultaba á América; sobre una columna rota un león representando á España; al otro lado la Historia registrando el grandioso acontecimiento; tiran del carro monstruos imaginarios. El carro alegórico de la influencia del descubrimiento en el progreso del mundo representa el globo terráqueo coronado por Mercurio, símbolo del comercio, y rodeado de las artes, las ciencias, la industria y la agricultura. En el carro alegórico de Cataluña, ésta está representada por una matrona que se apoya en el escudo del principado y dos niños vestidos con los trajes regionales: en la delantera se lee *Honor á Colón.* La dirección de estos carros ha corrido á cargo de la Sociedad de Beneficencia de Naturales de Cataluña, á cuyo frente está D. Sebastián Figueras y Blat, presidente de la comisión organizadora de la representación catalana en la procesión cívica.

El descanso del modelo, cuadro de C. Hartmann. – Los asuntos predilectos de este famoso pintor alemán son los asuntos alegres, que sabe tratar con una gracia por pocos artistas superada y con verdadero dominio de la técnica del arte. Díganlo si no los varios cuadros que de él ha reproducido LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, todos los cuales respiran buen humor, que no falta tampoco en *El descanso del modelo*, lienzo lleno de intención y ejecutado con gran riqueza de detalles.

Ignorancia é impostura, cuadro de C. J. Becker. – A pesar de que está tocando casi á su término el llamado siglo de las luces, el poder del progreso que tan gran impulso durante él ha recibido no ha sido bástante para acabar con ciertas supersticiones que sólo se mantienen merced á la ignorancia de unos y á las malas artes de otros. Que aún hay quien cree en brujerías, es cosa de todos bien sabida, y las leyes penales no han conseguido extirpar de raíz la industria criminal que á costa de los cándidos explotan esas mujeres infames que pretenden adivinar el porvenir en las combinaciones de la baraja ó hacer concebir pasiones por medio de repugnantes filtros ó abominables prácticas. El cuadro de Becker que reproducimos nos hace presenciar una de esas escenas de embaucamiento, y fuerza es confesar que el artista ha dado con la nota justa para expresar la sencillez ignorante de las infelices muchachas, en cuyas caras tanto se adivina la fe que prestan á la impostura, y la refinada perfidia de ésta: contribuye no poco al efecto del lienzo la rara habilidad demostrada por el pintor en la disposición del lugar en que la escena acontece.

Canción de primavera, cuadro de Bouguereau. – El ilustre pintor francés á quien debe el arte tantas páginas encantadoras, algunas de las cuales ha reproducido LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, ha estado pocas veces tan inspirado como en este cuadro: todas las cualidades de delicadeza y de poesía de su pincel aparecen en ese grupo armonioso de la joven soñadora que da oídos á los dulces cantos primaverales que resuenan entre las perfumadas brisas y á la que parecen acariciar los dos amorcillos graciosos que á su lado revolotean. *Canción de primavera* figuró en la Exposición universal de París de 1889, siendo muy admirado por cuantos visitaron aquel certamen.

M. Ribot, presidente del Consejo de ministros de Francia. - La vecina república está atravesando una situación dificilísima, como quizás no se recuerde otra en la época contemporánea; y el solo hecho de estar al frente del gobierno en tales circunstancias demuestra cuánto ha de valer el hombre público á quien el jefe del Estado confió tan espinoso cargo. M. Ribot tiene acreditado su gran talento en su larga y brillante carrera política; ha sido ministro de Justicia y de Negocios Extranjeros, y en el desempeño de ambas carteras ha prestado importantes servicios á su patria. Pertenece á la izquierda moderada, y la opinión pública imparcial francesa espera de su prestigio y de su energía, de la que ha empezado ya á dar pruebas como presidente del Consejo, que ha de vencer el gravísimo conflicto que ha venido á turbar la paz y la prosperidad que Francia había alcanzado en estos últimos años.

M. Brisson, presidente de la comisión parlamentaria de información sobre el asunto del canal de Panamá. – Desde el año 1870, en que fué elegido por vez primera representante del pueblo, no ha dejado M. Brisson de sentarse en la Cámara francesa, de la que ha sido dos veces presidente. Goza de una reputación política intachable que le ha valido el dictado de Catón, y ha sido ministro de Justicia y Cultos y presidente del Consejo, habiendo obtenido bastantes votos para la presidencia de la República en las elecciones en que triunfaron M. Grevy y M. Carnot. Los sucesos que se están desarrollando con motivo del canal de Panamá impusieron, por decirlo así, para la formación de ministerio la personalidad de Brisson, presidente de la comisión investigadora; pero no pudo salir airoso de su cometido, no faltando quien crea que, teniendo puestas sus miras, para día cercano, en el cargo supremo del Estado, no ha querido desacreditarse como presidente del gabinete en las actuales dificilísimas circunstancias.

Monumento á Cristóbal Colón en Valparaíso. – La segunda capital de Chile y la primera en cuanto al comercio deaquella república cuenta entre sus monumentos el que reproducimos, dedicado al inmortal descubridor del Nuevo Mundo. Como pueden ver nuestros lectores, la figura del intrépido navegante, correcta de líneas, esbelta y de majestuosa apostura, álzase sobre sencillo y elegante pedestal, en cuya cara anterior se lee la inscripción enlazando los atributos del arte de navegar. El nombre y el recuerdo del gran genovés serán siempre fortísimo lazo de unión entre la madre patria y los pueblos americanos que un día fueron sus hijos, y hoy, emancipados de ella, aún le rinden cariñoso culto, como de ello han dado elocuente muestra en las solemnidades y festejos de la reciente conmemoración del cuarto centenario del descubrimiento.

EN ALTA MAR, POR CORDELIA

(Conclusión)

El tiempo era lo de menos; lo que ella quería era estar segura de la curación, y se echaba á los pies del médico suplicándole que sanase á su hijo, su alegría, su esperanza: el muchacho era fuerte, robusto, jamás había estado enfermo; no era, pues, posible que no consiguiese curarlo.

El doctor se compadecía del dolor de aquella madre y procuraba consolarla con buenas palabras, á la vez que aplicaba todos los remedios indicados por la ciencia para combatir la enfermedad; pero la fiebre no cesaba, y si de vez en cuando disminuía, era para volver á las pocas horas con mayor violencia.

Ana no se apartaba un momento de la cabecera de la cama de su hijo, abandonada de todos. En ningún sitio se muestra el egoísmo humano en toda su brutalidad como á bordo de un buque. Todos se alejan cuanto pueden de los enfermos por temor del contagio; pero Ana estaba demasiado preocupada con la enfermedad de su hijo para echar de ver su soledad.

Nora Romani era la única que iba todos los días á consolarla, á ofrecerle su ayuda y á informarse del estado del enfermo.

Parecía que pensase menos en su hija desde que se preocupaba del niño que tenía tan cerca, y á menudo procuraba alejar del enfermo á Ana diciéndole:

– Vaya usted á descansar: ¿no ve usted que no puede tenerse en pie? Esté usted segura de que lo cuidaré como usted misma podría hacerlo: pensaré en mi hija y no me descuidaré.

Y si, á fuerza de instancias, Ana consentía en ir á descansar, á los pocos minutos volvía á su puesto.

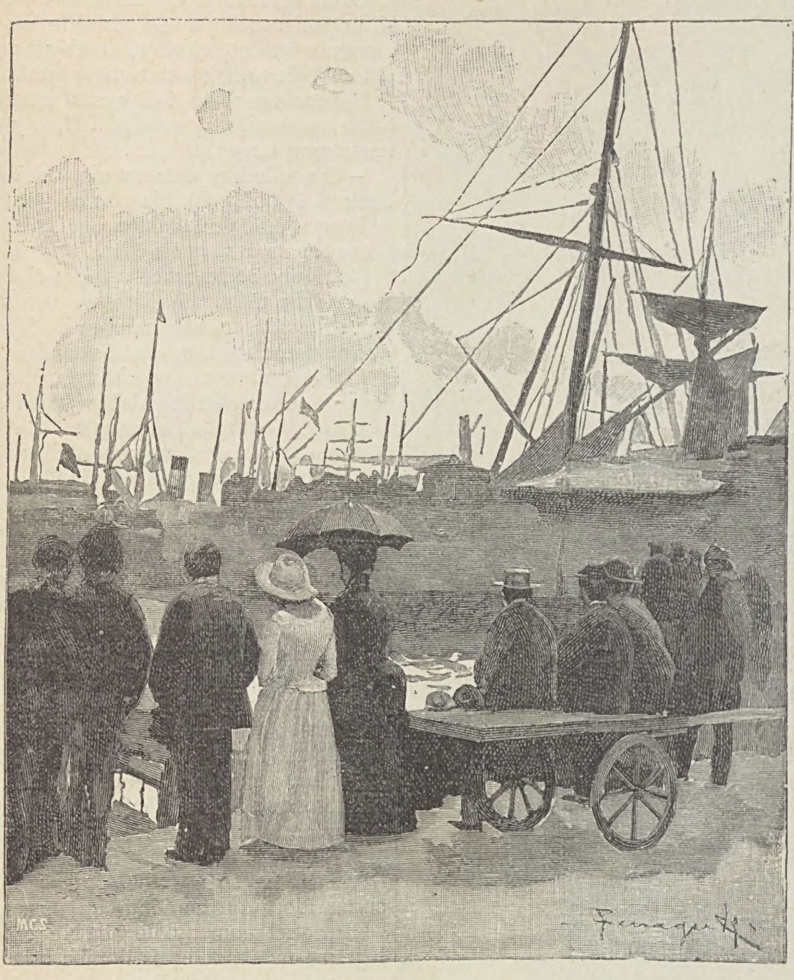
Pasaban los días entre alternativas de esperanzas y temores. Había momentos en que Enrique hablaba con cordura y parecía tranquilo, y entonces su madre se congratulaba de su curación y pronta convalecencia.

– ¡Qué bueno sería que pudieras levantarte antes de llegar á Montevideo, y que tu padre no te viese en la cama!, decía con el rostro iluminado por la esperanza.

Pero sobrevenía un recargo: Enrique pasaba las noches delirando, sin que las fuertes dosis de antifibrina y antipirina lograsen disminuir la calentura.

Entonces Ana se desesperaba; no pensaba ya que pudiese curarse pronto; pero al menos esperaba que lograse llegar á tierra, donde quizás se podría asistir mejor al enfermo y asegurar su curación.

Una noche, después de un intensísimo ataque de fiebre, Enrique se puso frío como un muerto y nun pareció que la vida le había abandonado de pronto. Acudió presuroso el doctor, y á fuerza de excitantes le fué posible devolver un poco de vida y de calor á aquel cuerpo aterido, pero á las preguntas de Ana bajó la cabeza; de suerte que ella no volvió á hacerle ninguna, no se atrevió ya á hablar, y fijando la vista en el enfermo, imploró del cielo su salvación. Si alguna vez veía brillar los ojos de su hijo y reanimarse su rostro por aumentar la fiebre, renacía en su corazón una ilusoria esperanza.



El vapor había fondeado...

Llegó una semana durante la cual la dolencia empeoró continuamente. Enrique deliraba sin cesar; hablaba de su casa, de sus compañeros, del país que había abandonado, y luego decía frases incoherentes y se quejaba de modo que partía el corazón.

Entretanto el buque proseguía su camino, acercándose rápidamente al puerto; á cada momento llegaban al camarote del enfermo voces y cantos que demostraban lo alegres que estaban los pasajeros, sin cuidarse de lo que ocurría á pocos pasos de distancia.

La Romani no había querido tomar parte nunca en aquellas diversiones, y pasaba muchas horas con Ana junto al lecho del enfermo.

Era un consuelo tan grande para la pobre mujer el ver á aquella señora hermosa y elegante tan cuidadosa de su hijo, que á menudo le decía:

– ¡Dios se lo pagará á usted!

Luego la interrogaba con la vista á cada movimiento de Enrique y le preguntaba:

– ¿Cree usted que curará?

III

Un día al salir el sol, después de una noche agitada y febril, el corazón del enfermo empezó á latir con menos fuerza y continuó latiendo cada vez más débil sin que nada sirviese para vigorizarlo, hasta que llegó un momento en que cesó enteramente de palpitar, y el cuerpo del niño quedó en el lecho inerte y sin vida.

Ana leyó en los ojos del doctor y de la Romani, que en aquel instante estaban junto á la cama, la fatal sentencia; pero no quiso creer en una desventura tan horrible, y exclamó:

– ¡No, no es verdad, no es posible!

Y se arrojó sobre su hijo, abrazándolo desesperadamente.

En esta postura pasó horas enteras, presa de un dolor inmenso, no queriendo persuadirse de que había muerto Enrique ni separarse de aquel cuerpo inanimado.

El médico, la Romani y los marineros hacían todos los esfuerzos posibles para retirarla de allí; pero ella continuaba agarrada á su hijo como una fiera á una presa apetecida.

Algún tiempo después acudió el capitán del vapor, y después de apelar con dulzura á todos los medios para llevársela, la ordenó con su voz de autoridad y acostumbrada al mando que saliera de aquel sitio, y cogiéndola por debajo del brazo la obligó á desprenderse del cadáver.

Ana había luchado tanto, la tenía el dolor tan postrada, que no tuvo fuerza para resistir y se dejó llevar; pero de pronto pasó una idea por su mente; hizo un esfuerzo supremo para librarse de los brazos que la sujetaban, y dando un paso hacia su hijo se puso delante de él como para escudarlo con su cuerpo, y gritó:

– ¡No quiero!

El capitán se apiadó de aquel dolor y la permitió quedarse algún tiempo junto al difunto; pero más tarde la hizo arrancar á la fuerza de allí, sin que le valieran á la pobre mujer sus gritos para impedirlo, y por un rato, aquellos gritos, aquellos alaridos fueron lo único que resonó en la vasta superficie del Océano.

La encerraron en un camarote; pero ella seguía gritando como una loca:

– ¡No quiero que os llevéis á mi hijo; es mío; quiero verlo todavía! ¡Es una infamia!

Y daba puñetazos en las paredes, pateaba, no estaba un momento quieta, gritando que quería ver á su hijo á toda costa.

Así continuó alborotando muchas horas, sin tener conciencia del sitio en que se encontraba ni del tiempo que transcurría inexorablemente, entregada por completo á su aflicción y sintiendo un dolor como si le hubiesen arrancado la parte más vital de su ser.

Y el buque seguía su marcha sin cuidarse de la desesperación de la infeliz mujer ni de la tragedia que se desarrollaba en su seno.

Reinaba obscuridad hacía algunas horas y la noche debía estar muy avanzada. Ana, rendida por los gritos y la agitación de todo el día, quebrantada, yacía sobre un colchón, gimiendo y sollozando. Sus ojos no tenían lágrimas, pero de su garganta salía un lamento, un sonido desgarrador que parecía el estertor de un moribundo.

Ni siquiera oía la voz de la Romani que se acercaba de vez en cuando á consolarla; parecía muerta para todo aquello que no fuese la idea de su hijo y no sentía otra cosa sino su inmenso dolor.

De pronto tuvo como la sensación de que el barco acortase su marcha y le pareció que se detenía; luego ya no le quedó duda; se había detenido de veras. Se estremeció, se levantó de pronto y gritó como una poseída:

– ¡Enrique! ¡Enrique! ¡Hijo mío!

Apartó bruscamente á la Nora y á algunos marineros que la vigilaban, empujó la puerta del camarote con tanta fuerza que la desencajó, y estaba á punto de caer á causa de tanto esfuerzo, cuando el capitán se presentó diciéndole:

– ¿Por qué esa agitación? ¿Qué quiere V.?

– ¡Mi hijo! ¡Fuera todos! ¡Quiero verlo!

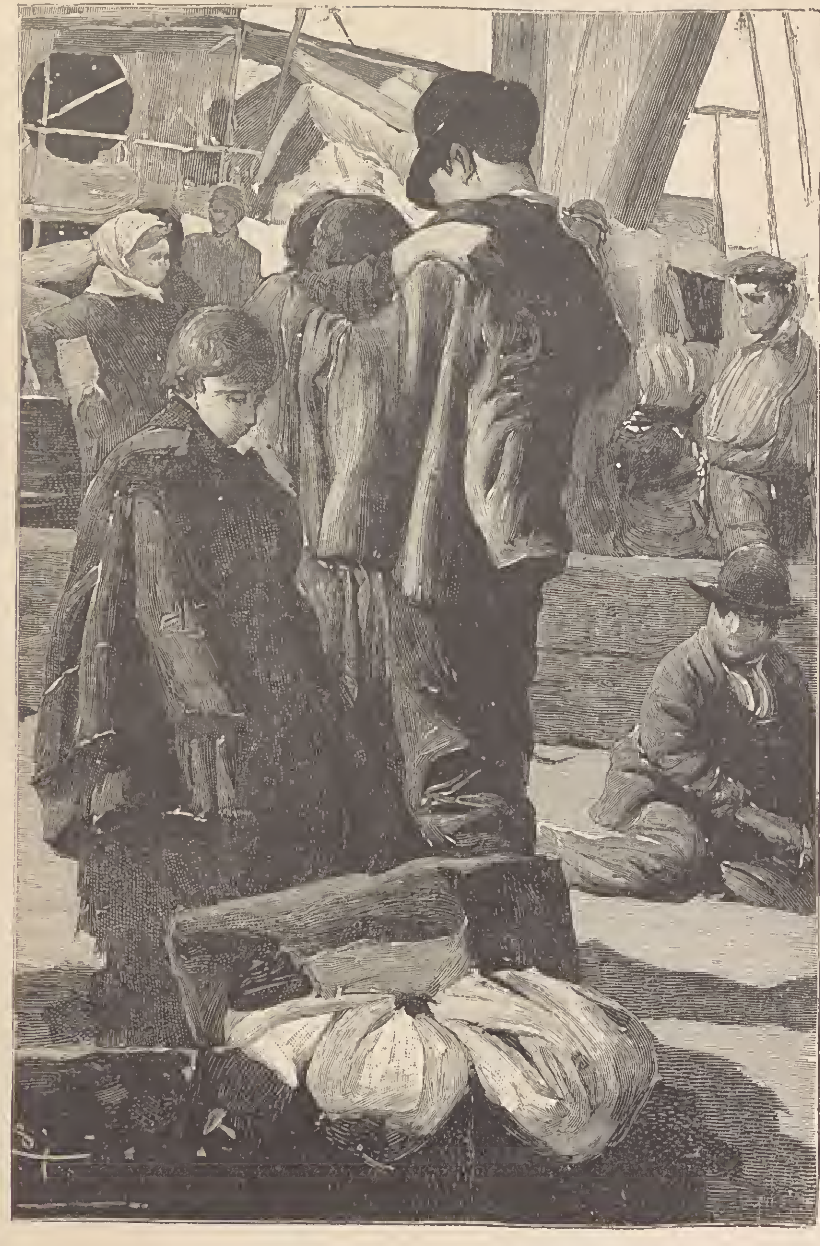
Y salió del camarote con tal rapidez que toda aquella gente apenas tuvo tiempo de seguirla.

El vapor había vuelto á marchar lentamente; pero ella no pensaba en nada y corrió al sitio donde había dejado á su hijo. No encontró el menor rastro de él: hasta el lecho había desaparecido.



Pasó toda la noche inmóvil...

– ¿Dónde está?, preguntó Ana al comandante con los puños cerrados y mirándole ferozmente.



Abrazando á su marido, rompió á llorar

La cara severa del marino tenía en aquel momento una expresión dulce y compasiva. Miró tristemente á la pobre mujer, y tocándola en el hombro con ademán amistoso, le señaló el cielo.

Era una noche serena; las estrellas brillaban como diamantes, pero Ana meneó la cabeza con incredulidad. Bajó los ojos, y mirando el mar, dijo:

– ¡Ahí lo habéis arrojado, infames!

Luego no dijo nada; pero se quedó allí inmóvil como una estatua, contemplando fijamente el agua.

El capitán, los marineros, la Nora Romani, todos procuraron persuadirla á que se retirase, pero no hubo medio de conseguirlo. Sorda á todas las súplicas, repetía:

– ¡Quiero verlo, quiero verlo!

Tuvieron compasión de ella y la dejaron en paz. Le llevaron un colchón, y recomendaron á los marineros de guardia que no la perdiesen de vista por temor de que cometiese alguna locura.

Permaneció toda la noche insensible y como embobada con la mirada fija en las ondas; la vió mudar de color é ir poco á poco aclarándose á los primeros albores matutinos; no advirtió el movimiento que empezaba á reinar á bordo del vapor, ni los curiosos que acudían á observarla, ni las personas compasivas que procuraban sacarla de su estupor con alguna palabra de consuelo. Le llevaron á su hija Elena; pero fijó en ella la vista con una mirada sin expresión, la hizo retirar de su lado y volvió á contemplar el mar.

Quisieron hacerla comer algo, y se limitó á beber un poco de leche, casi siempre sin saber lo que hacía; pero no hubo forma de que quisiese moverse de allí, donde permaneció día y noche con la vista fija, procurando atravesar las ondas con la mirada, como fascinada por un espectáculo de ella sola visible.

Los pasajeros, después de observarla con curiosidad los primeros días, se acostumbraron á ver á aquella mujer que no hablaba nunca y parecía la imagen del dolor en su actitud inmóvil y la mirada perdida entre las ondas, y continuaron su vida alegre y despreocupada.

Entre aquella gente resonaban con frecuencia cantos, voces y risas; pero Ana continuaba inerte, registrando el mar con la vista.

– ¿Qué opina usted de ella?, preguntó un día la Romani al médico.

– Que si no sale de su marasmo, si no llora, pasará del vapor al manicomio.

La Romani, que movida á compasión por aquella mujer, la cual se encontraba en peores condiciones que ella, puesto que aún conservaba esperanza y había olvidado su propio dolor, á medida que se acercaba á tierra se ponía inquieta y desasosegada por el recelo de recibir malas noticias de su hija. Pasaba muchos ratos al lado de Ana, pues se encontraba mejor junto á aquel dolor inconsolable que con la demás gente, demasiado alegre y bulliciosa para la disposición de su ánimo.

Le hablaba de la tierra á la cual se acercaban, del esposo que iba á volver á ver; pero Ana no se movía ni hacía caso.

Una sola vez hizo referencia á su hija enferma y apartada de ella, sin tener el consuelo de verla y cuidarla, y la pobre mujer le contestó:

– Siempre la tendrá usted viva ó muerta; pero yo...

Hubo un momento en que hasta la Nora creyó que también iba á volverse loca; faltaban pocas horas para llegar á tierra, y daba vueltas por el barco, presa de la mayor agitación.

Debía encontrar un telegrama en Montevideo, y al impaciente deseo de recibirlo que había experimentado durante el viaje, siguió una gran inquietud, el temor de recibir una noticia fatal.

Habían renacido todos sus fatídicos recelos, no podía estar quieta y rogaba á Dios y á su Madre que la evitasen tan gran dolor.

– Concededme esta gracia, decía, y prometo socorrer á la pobre familia que ha perdido su hijo.

Luego juraba que si conseguía ver á su hija Elena no se separaría más de ellla.

Conforme se acercaba á tierra el vapor, los pasajeros estaban más excitados; por todas partes reinaba una agitación, un movimiento insólito, una inquietud que no parecía sino que todos habían perdido el juicio.

Hablaban á voces, se abrazaban, se estrechaban la mano y se dirigían la palabra hasta aquellos que no la cruzaron en toda la travesía.

Ana era la única que no tomaba parte en aquel movimiento y seguía con la mirada fija en el mar. Los que pasaban junto á ella movían la cabeza con compasión.

El buque fondeó y al punto lo rodearon muchas lanchas llenas de gente que iban á recibir á los parientes y amigos, agitando pañuelos y profiriendo exclamaciones de júbilo. En una de aquellas lanchas se adelantaba un grupo de personas que también hacía señas con las manos y los pañuelos, pero sin obtener ninguna respuesta. Aquellas personas consiguieron subir á bordo, é impacientes se pusieron á recorrer el buque por todas partes.

– Mamá, dijo Elena, aquí está papá.

– ¡Gracias á Dios que te veo!, exclamó Luis acercándose á su mujer. Pero ¿por qué me miras así? ¿Y Enrique?

Al oir estas palabras pronunciadas por una voz conocida, Ana se estremeció, levantóse y se abrazó á su marido, prorrumpiendo en amarguísimo llanto.

En aquel momento llegaba Nora Romani con un telegrama en la mano: reía, lloraba, parecía loca y gritaba:

– ¡Se ha curado! ¡Está ya buena!

Y se detuvo delante de Ana que lloraba y de Luis que seguía preguntando por Enrique.

Conmovida ante tal escena, se acercó á él y le dijo:

– Tenga usted valor; su hijo está en el cielo; pero Ana se ha salvado; le consolará á usted y podrán ustedes aún llevar una existencia tranquila y feliz, para lo cual yo les ayudaré.

Luis interrogó á su mujer, que le contestó sollozando; sentía que se le llenaban los ojos de lágrimas y miró á otra parte; volviéndose luego á Ana dijo:

– Dios no lo ha querido: hubiera sido demasiada dicha. Vámonos.

La Romani abrazó á Ana llorando y siguió con la vista á aquella familia que pasaba á tierra, pero que dejaba en el mar su esperanza, y vió á Ana inclinarse sobre las ondas y llenar de agua un frasco que se guardó cuidadosamente.

– ¡Pobre mujer!, pensó.

Acordóse luego del despacho que había recibido, de su hija que se había curado y la sobrecogió un gran temor.

Comparando su suerte con la de Ana, tuvo miedo de su felicidad.

TRADUCIDO POR MANUEL ARANDA



Ana llenó un frasco de agua de mar...

SECCIÓN CIENTÍFICA

VELOCIPEDIA

EL APLOMO EN LOS BICICLOS

Sabido es que la única condición de equilibrio de un cuerpo entorpecido por puntos fijos es la siguiente: la resultante de las fuerzas que obran en un momento dado sobre él debe pasar por el interior del polígono de los puntos fijos. En la bicicleta este polígono está reducido á la línea recta que une los dos puntos de contacto; de modo que si por un falso movimiento, por el choque con una piedra, la resultante de las fuerzas (gravedad, esfuerzo motor y fuerzas de inercia) deja de cortar esta línea, el velocipedista tiene que volverla á hacer entrar en ella á tiempo, cuidando de pasar un poco de esta posición antes de fijarse en la misma, á fin de anular por un esfuerzo en sentido contrario la pequeña tendencia á caer que se había producido. De aquí esas curvas que describen los principiantes que no llegan á fijar la vertical del centro de gravedad sobre la línea de los dos puntos de contacto, lo cual les ocasiona frecuentes caídas.



Fig. 1. Posición de una bicicleta en el acto de virar (de una fotografía instantánea)

Cuando la bicicleta está bien equilibrada, el velocipedista que se mantiene perfectamente en la silla no tiene más que inclinarse ligeramente del lado adonde quiere ir para que el aparato se incline en la misma dirección, y la línea de puntos de contacto se modificará en este sentido tanto más rápidamente cuanto mayor sea la velocidad de la máquina. Si se modifica bastante de prisa para recobrar la vertical del centro de gravedad, podrá recobrarse el equilibrio, y si la posición de equilibrio es sobrepujada á consecuencia de la velocidad adquirida, la rueda, girando sobre sí misma en el sentido opuesto, restablecerá el equilibrio por una serie de oscilaciones cada vez menores. Para lograr esto no se necesita ser equilibrista; basta que las velocidades reunan ciertas condiciones. La velocidad mínima puede expresarse así: la traslación de lado (1) del centro de gravedad debe ejecutarse menos rápidamente que la traslación en el mismo sentido de la línea de los puntos de contacto; si estas dos traslaciones son iguales no se destruye el equilibrio.



Fig. 2. Otra fase del movimiento de virada (de una fotografía instantánea)

(1) Por traslación de lado entendemos la componente de la velocidad siguiendo un eje perpendicular á la línea de los contactos de las ruedas con el suelo.

Siendo la primera independiente de la máquina y no dependiendo la otra, para una inclinación dada de la máquina, sino de la facilidad con que la dirección cambia, se explica que sea mucho más fácil caminar sin auxilio de las manos en una máquina con cubo de rodillos que en una de ejes. De ello resulta también que cuando se anda de prisa, como la componente de la velocidad de traslación que sigue el eje considerado es muy grande, las condiciones quedan cumplidas, y de aquí la facilidad con que se ejecuta cualquier ejercicio de destreza en una bicicleta de gran velocidad.

La demostración que antecede es buena para las bicicletas que el fabricante ha equilibrado de modo que giren del mismo lado á que se inclinen. Pero ¿y los biciclos que no reunen esta condición? En la demostración consignada no hemos hablado de la fuerza centrífuga y en general de ninguna de las de inercia del sistema, fuerzas que obran en el mismo sentido con una intensidad considerable y tanto mayor cuanto mayor es la velocidad.

Existe un principio que en mecánica se demuestra y que puede formularse en los siguientes términos: la reacción debida á la rotación permanente alrededor de un eje de revolución es proporcional al momento de inercia con relación al eje, proporcional á esta rotación y á la velocidad angular impresa en un punto del eje y es perpendicular á la dirección de la velocidad impresa al punto del eje sobre el cual se acciona.

Aplicando este teorema á las dos ruedas de un biciclo, veremos que la rueda en movimiento opone una resistencia cuya dirección es perpendicular á la de la velocidad impresa, es decir, es horizontal. Además se dirige en un sentido tal que si colocáramos un obstáculo fijo de arriba abajo sobre el eje realizado prácticamente, este eje tendería á girar sobre el obstáculo, es decir, del lado adonde uno se inclina, de delante atrás. De modo que la rueda tiende á girar hacia el lado á que se inclina, y se inclina tanto más de prisa cuanto mayor es la tendencia á la destrucción del equilibrio y cuanto más rápidamente se mueve la rueda. Esto se aplica, por supuesto, á la rueda delantera del biciclo y á la del monociclo, que se levantan con tanta más facilidad cuanto más rápida es la rotación.

Nuestros grabados 1 y 2 representan las fotografías sucesivas de una bicicleta en el acto de virar. En la posición primitiva, que reproduce en esquema la figura 3, la rueda delantera está en la dirección del rayo visual de modo que presente claramente el ángulo EAN entre las trazas de las dos ruedas. Si la bicicleta estuviera inmóvil, el centro de gravedad de todo el sistema (bicicleta y jinete) se proyectaría en D sobre la línea de puntos de contacto AB. La línea vertical del aparato demuestra que el centro de gravedad se proyecta verticalmente en C, de modo que ha cambiado de DC. Para que el equilibrio se mantenga es, pues, preciso que el punto de contacto A cambie de sitio á cada instante en el sentido AP con velocidad bastante para que el punto D se acerque á C y le alcance. Si el punto A se moviera de modo que la distancia DC aumentara en vez de disminuir, el velocipedista caería forzosamente. Cuando la bicicleta vira de una manera continua, la fuerza centrífuga GS (que tiende á empujar el sistema apartando el centro de gravedad G del centro de virada) se compone con el peso GC cuya fuerza se dirige de arriba abajo y ha de dar la resultante GD: si ésta no encontrase en D la línea de los puntos de apoyo AB, el velocipedista al momento caería. Los más inexpertos buscan por medio de curvas una posición en que ambas líneas se encuentren: los velocipedistas expertos se valen de otro medio, y sabiendo que la fuerza centrífuga es proporcional al cuadrado de la velocidad, regulan ésta haciendo variar la fuerza GS y por consiguiente la dirección de la resultante GD. Cuando el jinete comprende que va á caer dentro del circulo de virada, no tiene que hacer más que acelerar la marcha para restablecer el equilibrio; y viceversa, si siente que cae fuera, basta para evitarlo retardar el movimiento. – C. CHATEAU.

(De *La Nature*)

AVISADOR ELÉCTRICO SIMULTÁNEO

EVITACHOQUES DE TRENES EN LAS ESTACIONES

Uno de los accidentes que con más desgraciada frecuencia se suceden en los ferrocarriles es el choque de trenes en las estaciones, debidos á equivocaciones de los guardaagujas que dan entrada á un tren por la misma vía que ocupa otro que espera el cruzamiento. Estos y otros accidentes análogos, que tantas víctimas han producido, han dado lugar á que el espíritu público exija aparatos que tiendan á evitar ó por lo menos á disminuir el número de los mismos.

Muchos son los aparatos que á este fin se han inventado, y entre ellos merece lugar preferente, por lo sencillo y práctico, el que ha ideado D. Manuel García Tuñón, antiguo telegrafista y empleado de ferrocarrriles, hoy dedicado al comercio en Villallana, provincia de Oviedo. Por medio de este aparato el jefe de una estación está en comunicación constante con las agujas de su demarcación y los encargados de éstas con el jefe, de modo que éste sepa á cada momento la posición de aquéllas y cuantas maniobras ejecutan los guardaagujas y éstos adviertan cualquier error que cometan en el mismo instante en que lo cometan, y puedan, por lo tanto, corregirlo y evitar una catástrofe.

Consta el aparato de un cuadro indicador eléctrico A (fig. 2) con tantos discos como vías se deseen combinar con aquél, ó sea dos para cada aguja, pues cada aguja sirve á dos vías; de un timbre de alarma B, de tantos conmutadores C como agujas se combinen, y de una pila eléctrica, que podrá ser la que se utilice para el telégrafo de las estaciones. Los discos tienen por objeto indicar con toda claridad en qué vía está colocada la aguja que se desee examinar desde el despacho sin salir del mismo. Los conmutadores tienen por objeto establecer las corrientes eléctricas con las vías que no se quiere que tomen los trenes, para que en caso de error del guardaagujas funcionen los discos y timbres de alarma, y se componen del mecanismo siguiente: sobre una tablita de madera se colocará en su centro un eje donde girará una aguja en forma de flecha *b c* que indicará con toda claridad y precisión la vía que se quiera que tome el tren á la llegada, á la vez que cerrará el circuito eléctrico con la vía contraria, pisando por su parte inferior en dos lengüetas de acero ó metal flexible *c e*. Dicha flecha tendrá en su parte inferior un botón *d* para girar en el sentido que se quiera, ya cambiándola señalando otra vía, ya en sentido perpendicular, que indicará aislamiento del aparato, como así convendrá en algunos casos hallándose los trenes en maniobras en las estaciones.

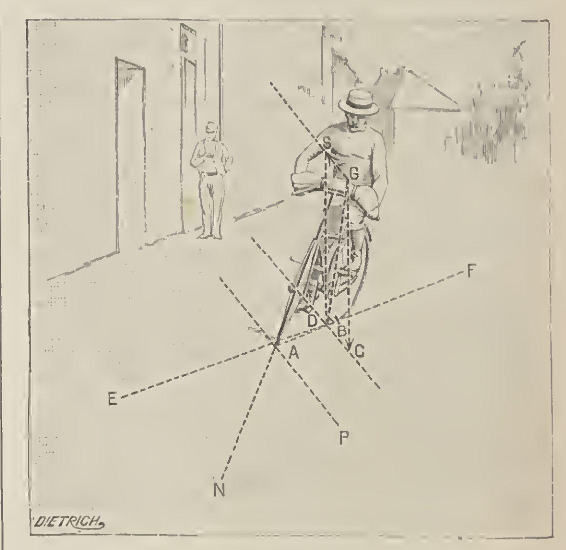
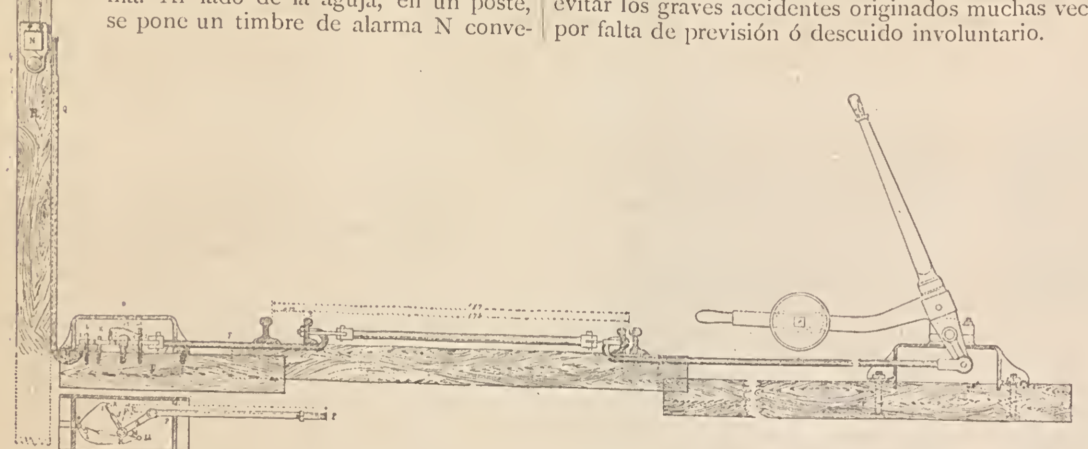


Fig. 3. Esquema de una bicicleta en el acto de virar
Primera fase de las figs. 1 y 2

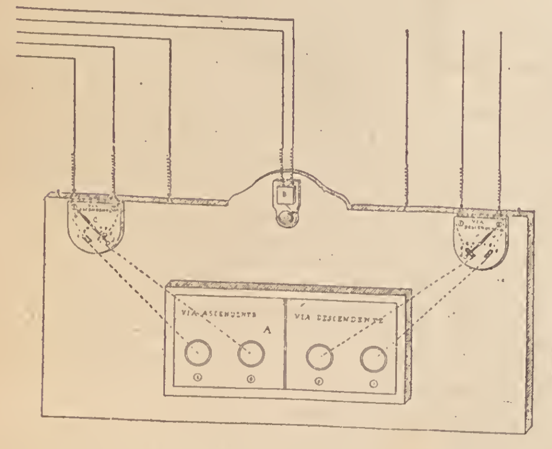
En las agujas que se desee poner en comunicación con el despacho del jefe se coloca sobre la traviesa D (fig. 1) el mecanismo siguiente: en el carril interior E de las agujas se pone unido convenientemente un tirante F de transmisión que llevará el movimiento simultáneamente con el de la aguja á una palanqueta G en forma de escuadra, en cuyo centro hay un tornillo H que sirve de eje y á cuyo extremo va una lengüeta metálica I, aislada de aquélla por medio de madera ú otra materia aisladora J, de modo que al efectuarse el cambio de vía dicha lengüeta se pone en contacto alternativamente con los tornillos K y L. Tanto á éstos como á un tercero LL se les unirá convenientemente un hilo telegráfico á cada uno, que irán de los dos primeros á los discos del cuadro indicador, interrumpidos por el conmutador, y

del tercero á la pila eléctrica. Este tornillo lleva en su parte superior una espiral metálica M que se pone en comunicación con la lengüeta de acero ó metálica que hay al extremo de la palanquita, que no tiene otro objeto que llevar la corriente á dicha langüeta para que puesta ésta en contacto con los tornillos K ó L cierre el circuito y lleve la corriente al cuadro indicador y timbres de alarma. Al lado de la aguja, en un poste, se pone un timbre de alarma N convenientemente cubierto para librarle de la acción de la intemperie, combinado también con los aparatos colocados en el despacho del jefe, que será el que avisará al guardaagujas los errores que cometa. Todo el mecanismo de la aguja va resguardado por una caja de hierro O sin fondo, para librarle también de la oxidación y deterioro, en la cual hay dos entradas PP, una para el tirante de transmisión y otra para la salida de los cables, que por un tubo Q van al poste telegráfico R.



Avisador eléctrico simultáneo: evitachoques de trenes en las estaciones, inventado por D. M. García Tuñón.
Fig. 1. Vista del mecanismo unido á la aguja de cambios de vía

He aquí ahora la manera de funcionar el aparato. Supongamos el cruce de dos trenes en una estación dada: el A espera el cruce con el tren B, que está próximo á llegar; el primero se halla en la primera vía y el segundo deberá tomar la segunda. El conmutador, según se ve en el grabado, nos indica esta vía y á la vez cierra el circuito con la primera: la aguja de entrada se halla en su verdadera posición para que se verifique el cruce de trenes según se desea; los aparatos no funcionan, pero en el momento en que el guardaagujas cambia de posición á la misma, caerá el disco de la vía número 1 en el cuadro indicador, á la vez que ambos timbres de alarma funcionarán y avisarán al jefe y al guardaagujas del error cometido por éste en el mismo instante que lo comete. El encargado de la aguja corregirá su equivocación inmediatamente y evitará un choque por muy próximo que se halle el tren á la aguja. El jefe de estación podrá salir á deshacer el error si inmediatamente no dejan de funcionar los aparatos, es decir, el timbre que está en su despacho, que no cesará de



Avisador eléctrico simultáneo
Fig. 2. Vista del cuadro indidador en el despacho del jefe

tocar ínterin no vuelva á su verdadera posición la aguja de cambios de vía.

Como se ve, el aparato no puede ser más sencillo y económico, pudiendo manejarlo un niño, y el importe de su instalación no excederá seguramente de 100 pesetas en cada estación, pues el verdadero coste del mismo casi es sólo el valor de los cables ó hilos telegráficos, porque por el resto de los aparatos casi es insignificante el gasto.

En cuanto á la bondad y utilidad del aparato responden las pruebas verificadas en 1.º de septiembre último en la estación de Gijón, ferrocarril de Langreo, ante numeroso público, del que formaban parte distinguidos ingenieros y altos empleados de ferrocarriles y funcionarios de obras públicas.

El señor ingeniero que por delegación del Gobierno examinó y vió funcionar el aparato, dice en su certificación que considera *esencial, indispensable y de gran utilidad práctica* la aplicación del mismo para evitar los graves accidentes originados muchas veces por falta de previsión ó descuido involuntario.

Dice mucho también en favor del aparato del señor García Tuñón el hecho de que la Academia de Inventores de París nombró *motu proprio* á dicho señor individuo de honor de la misma con opción al correspondiente diploma de medalla de oro. – X.

***

MEDICIÓN DE LA POTENCIA ELÉCTRICA DE LAS CORRIENTES ALTERNATIVAS

EL WÁTMETRO DE ZIPERNOWSKY

Cuando un aparato eléctrico de utilización está establecido sobre un generador de energía eléctrica de corriente continua, nada más fácil que determinar la potencia que absorbe: se mide la intensidad de la corriente que lo atraviesa con un amperémetro y la diferencia de potencial en las bornas con un vóltmetro; el producto de las indicaciones de los dos aparatos de medición da el valor de la potencia eléctrica en wats.

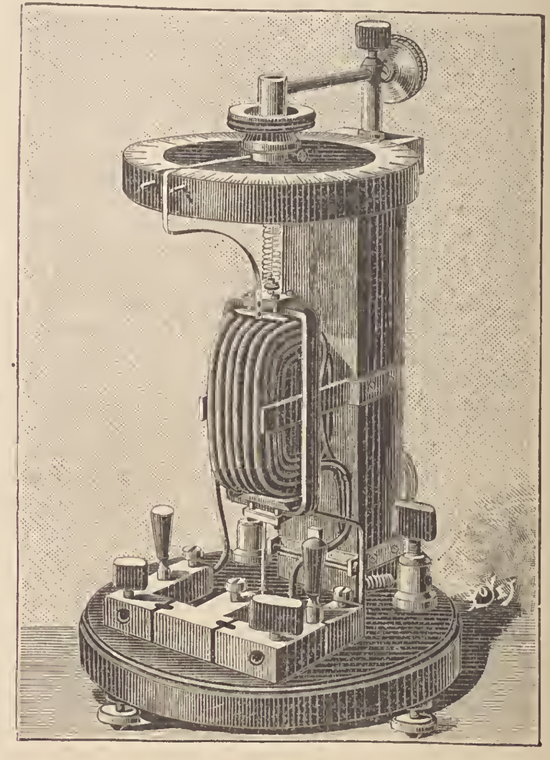
Mas no sucede siempre lo mismo con las corrientes alternativas. Cuando el aparato de utilización es una simple resistencia, una lámpara de incandescencia, por ejemplo, el mencionado método es aplicable. El producto de las indicaciones de un vóltmetro y de un amperémetro apropiados á estas corrientes es el valor de la potencia eléctrica facilitada; pero si se intercala un carrete, un electroimán, un transformador, un motor, etc., no acontece lo propio, sino que la potencia efectivamente proporcionada por el aparato es *siempre inferior* á la que se deduciría del producto de las indicaciones de los dos aparatos de medición, y aun puede ser *nula* en el caso de un condensador perfecto, obteniéndose entonces el resultado, en apariencia paradógico, de que un aparato al cual se facilita una corriente intensa y en cuyas bornas se registra una diferencia de potencial elevada, absorba una potencia eléctrica nula.

La medición de la potencia eléctrica en tales condiciones especiales es un problema interesante, y por esto vamos á sentar el principio en que se basa el aparato que permite efectuar esta medición con perfecta exactitud, cualquiera que sea la índole del aparato de utilización.

Supongamos un generador eléctrico que proporcione á sus bornas una diferencia de potencial periódica de forma sinusoidal y establezcamos entre estas bornas una simple resistencia. Esta resistencia será atravesada por una corriente que á cada instante tendrá una intensidad definida por la ley de Ohm. Esta intensidad pasará por cero ó por un máximo en los mismos momentos que la diferencia de potencial: entre la corriente y la diferencia de potencial no habrá ningún *decalage*, y el gasto se reducirá al recalentamiento del conductor, de conformidad con la ley de Joule.

Si sustituímos esta resistencia por un carrete de electroimán, un enrollamiento de transformador ó un motor de corrientes alternativas, las condiciones variarán: el núcleo de hierro se imana y se desimana periódicamente y el motor produce potencia útil. De ello resultará en todos los casos una fuerza contraelectromotriz y que tendrá por efecto reducir la intensidad á un valor menor que el que tendría si sólo se trataba de una simple resistencia, y retardar la corriente con relación á la diferencia de potencial de una fracción de período variable con la naturaleza del circuito. De este *decalage* resulta que la corriente y la fuerza motriz no pasan por cero en los mismos instantes. Los cambios de signo de la potencia hacen, pues, á ésta alternativamente positiva y negativa; es decir, que la energía eléctrica puesta en juego en el período es sucesivamente almacenada, durante cierta fracción del período, para crear la imanación del núcleo y restituída luego, durante otra fracción de período correspondiente á la desimanación. El gasto real no representa sino la *diferencia* entre la energía proporcionada y la restituída durante el período, y esta diferencia á menudo no es más que una fracción muy pequeña de la energía total puesta en juego durante dicho período. Para medir esta diferencia era, pues, preciso crear un aparato especial que tuviese en cuenta este *decalage*, y este aparato es el wátmetro que describiremos tomando por tipo uno de los más empleados en la industria de las corrientes alternativas, el de M. Zipernowsky (véase el grabado).

En principio, el wátmetro es una eléctrodinamo de torsión, uno de cuyos carretes, el fijo, está atravesado por la corriente total, y el movible, de alambre fino, montado en tensión con una gran resistencia, está establecido en derivación entre las dos bornas del aparato de utilización cuya potencia media absorbida se quiere medir. Este carrete movible gira alrededor de un eje vertical y va fijado á un muelle de torsión en espiral que permite volverlo á la misma posición á cada medición, retorciendo el resorte en sentido inverso de un ángulo que puede medirse en



Wátmetro de M. Zipernowky

un limbo graduado colocado en la parte superior del aparato. El carrete fijo ejerce sobre el carrete suspendido móvil un par proporcional, á cada instante, al producto de las dos intensidades que atraviesan los carretes. Pero el carrete fijo está atravesado por la corriente, y el móvil, cuya resistencia es constante, en virtud de la ley de Ohm, por una corriente proporcional en cada instante á la diferencia de potencial existente entre las bornas del aparato de utilización; de modo que el par es, á cada momento, proporcional al producto de la intensidad por la diferencia de potencial, y es nulo cuando uno de estos dos factores se vuelve nulo, y tiene por valor medio la media de los valores que toma el producto durante un período completo. Retorciendo el resorte en un ángulo determinado, y con tal de que esta torsión no pase los límites de elasticidad de aquél y que el ángulo sea tal que el carrete móvil vuelva á su posición inicial de equilibrio antes del paso de la corriente, se leen en el limbo graduado los ángulos proporcionales á la potencia media absorbida por el aparato de utilización entre cuyas bornas está colocado.

La escala de las lecturas de un wátmetro dado puede variarse en grandes proporciones disponiendo dos carretes fijos, uno para las intensidades débiles y otro para las grandes, é intercalando una caja de resistencias variables en el circuito del carrete móvil, á fin de hacer variar esta resistencia según la diferen-

cia de potencial de que se dispone. Así por ejemplo, con un wátmetro como el que representa el grabado es fácil medir la potencia facilitada al circuito primario de un transformador colocando el carrete para intensidad débil en dicho circuito é intercalando todas las resistencias de la caja en derivación entre las bornas del primario. Para medir la potencia útil en el secundario se hace pasar la corriente al carrete de alambre grueso, y el de alambre fino se establece en derivación sobre las bornas del secundario é intercalando en él una resistencia débil. De este modo se puede medir en el mismo aparato 20.000 vats en forma de 2.000 volts y 10 amperes ó 100 volts y 200 amperes. – E. H.

(De *La Nature*)

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION
POR AUTORES Ó EDITORES

AL PIE DE LA ENCINA (HISTORIAS, TRADICIONES Y LEYENDAS), *por D. Víctor Balaguer.* – Ni la continua labor ni los años amenguan la inagotable imaginación del galano y correcto cantor de Cataluña, del respetable vate de nuestra región. Así lo demuestra el nuevo libro que bajo el título de *Al pie de la Encina* acaba de publicar nuestro estimado amigo D. Víctor Balaguer, en el que se hallan reunidas «las historias, tradiciones y leyendas» que recogió durante el último verano en su temporal residencia de Arbucias, avalorado su interés por la fantasía del poeta y la galanura del lenguaje. – Véndese en las principales librerías al precio de 5 pesetas.

* *

LOS BUCÓLICOS (LA PINTURA DE COSTUMBRES RURALES EN ESPAÑA), *por D. Rafael Balsa de la Vega.* – Interesante es el nuevo libro que acaba de publicar nuestro distinguido amigo y colaborador, puesto que en él ha hallado medio para hacer un detenido y concienzudo estudio de la pintura ruralista, especialmente en España, en donde, y sin necesidad de buscar antecedentes en otros países, tienen nuestros artistas sobrados ejemplos que imitar. – Véndese en las principales librerías al precio de 2 pesetas.

* *

VENTA DE HIJOS, *por M. Martínez Barrionuevo.* – Bien conocido es en el mundo literario el nombre del Sr. Martínez Barrionuevo para que al ocuparnos de su última obra hayamos de insistir en ensalzar sus dotes de novelista, ya por nosotros en distintas ocasiones justamente alabadas. Su última novela es, como todas las suyas, genuinamente española, de argumento interesante y de acción bien desarrollada y con caracteres perfectamente trazados y sostenidos, y está escrita en el elegante estilo que en todas sus obras campea. *Venta de hijos*, que lleva muchas y muy lindas ilustraciones de M. G. Simancas, forma un bonito tomo editado por D. Inocente López y se vende en las principales librerías al precio de 3'50 pesetas.

* *

ALMANACH DE LA ESQUELLA DE LA TORRATXA. – El correspondiente al año 1893, que acaba de ponerse á la venta, merece figurar entre los mejores publicados por el conocido editor de esta D. Inocente López. Forma un libro de unas 200 páginas y contiene notables artículos y poesías de nuestros mejores escritores, anécdotas, epigramas, etc. y profusión de excelentes grabados, reproducción de cuadros y dibujos de los primeros artistas españoles. Es un almanaque que leerán con gusto y regocijo los aficionados á la literatura catalana y los que deseen pasar algunos ratos de buen humor. Véndese al precio de una peseta en casa del editor, librería española, Rambla del Centro, 20.



MONUMENTO Á CRISTÓBAL COLÓN EN VALPARAÍSO

* *

TRES MUJERES, *por C. A. Sainte Beuve.* – En este libro, que constituye el tomo 49 de la *Colección de libros escogidos*, se refiere la historia de tres mujeres que tanto han contribuído á la cultura de su tiempo como Mdmes. de Stael, Sevigné y Krudner. Siempre interesa la historia de los personajes ilustres; pero cuando la escribe pluma tan docta como la del eminente académico francés, puede decirse que más que una biografía resulta una novela llena de curiosas enécdotas. Se vende á 3 pesetas en las principales librerías.

* *

EL HIPNOTISMO Y LA SUGESTIÓN, *por don Eduardo Aragón Obejero.* – Fáltanos espacio para examinar detenidamente este interesante libro cuyo título indica bastante la importante materia de que en él se trata. En cuanto al modo como la trata el autor, distinguido médico de Astorga, creemos que lo mejor que podemos decir en su elogio es que la censura eclesiástica «no sólo no ha encontrado en él cosa alguna que se oponga á la pureza de la fe católica, sino que juzga que puede producir grandes bienes y evitar grandes daños á todos los que lo lean.» Impreso en Astorga en la imprenta y librería de la Viuda é hijo de López, véndese en Barcelona en las librerías de Casals (Pino, 5), Subirana (Puertaferrisa, 14) y Grabulosa (Buen Suceso, 13) al precio de 3 pesetas.

* *

LA ELISA, *por Edmundo de Goncourt.* – La mejor recomendación de esta novela es decir que la traducción española que nos ocupa se ha hecho de la 28.ª edición francesa, prueba de que con razón ha sido calificada entre las primeras de su célebre autor. Forma parte de la *Colección de libros escogidos* y se vende en las principales librerías al precio de 3 pesetas.

* *

LA NUEVA CIENCIA JURÍDICA. – El número de esta importante revista correspondiente á noviembre contiene, entre otros hermosos artículos, los siguientes: *Et nunc erudimini*, por F. de Aramburo; *Los delitos de sangre y los delitos contra la propiedad*, por César Silió; *La pena de muerte*, por Carnevale; *El delito colectivo*, por Concepción Arenal. Suscríbese en la Cuesta de Santo Domingo, 16, Madrid, al precio de 12 pesetas al año para España y 15 para fuera de España.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

LA ILUSTRACION ARTISTICA

PERIÓDICO SEMANAL DE LITERATURA, ARTES Y CIENCIAS

CON GRABADOS EJECUTADOS POR LOS PRIMEROS ARTISTAS DEL MUNDO, PRIMERA EN ESPAÑA EN QUE SE PUBLICAN REPRODUCCIONES EN FOTOTIPIA

Las grandes reformas que en La Ilustración Artística hemos introducido han permitido dar el debido desarrollo á las siguientes secciones en que está dividida:

SECCIÓN DE BELLAS ARTES. – Abarca ésta las materias siguientes:

Reproducción de las obras artísticas nacionales y extranjeras de pintura, escultura y arquitectura; consagrando, por lo que á esta última se refiere, especial atención á los monumentos españoles, que reproduciremos de fotografías directas.

Monografías de artistas antiguos y contemporáneos, preferentemente españoles, acompañadas de retratos y de croquis, como también de estudios que permitirán conocer la verdadera fisonomía artística, las tendencias, procedimientos y progresos de un pintor ó escultor que difícilmente pueden adivinarse con la reproducción aislada de una estatua ó de un cuadro y que son de gran interés dentro de la idea del arte.

Acontecimientos artísticos, tales como Exposiciones nacionales y extranjeras, espectáculos, así públicos como particulares, que por su importancia ofrezcan un interés especial.

Reproducción de cuantos grabados importantes contengan las Ilustraciones y Revistas europeas y americanas.

Arqueología: reproducción de obras y objetos antiguos que tengan interés histórico, científico ó artístico.

Ciencia: reproducción de obras y objetos antiguos que tengan interés histórico, científico ó artístico.

Historietas, viñetas, etc., etc.

NOVELAS ILUSTRADAS. – Desde el primer número del año 1893 empezaremos la publicación de la notable novela de Mad. Juana Mairet, Cargo de conciencia, ilustrada por Adrien Moreau, traducida por Enrique Leopoldo de Verneuil. A ésta seguirá Anie, de Héctor Malot, ilustrada por el malogrado dibujante Emilio Bayard y traducida por D. Antonio Sánchez Pérez.

SECCIÓN LITERARIA. – Las firmas de los escritores más ilustres han honrado y seguirán honrando las páginas de esta sección, en la que nuestros suscriptores hallarán siempre la mayor variedad armonizada con la amenidad y el interés, puesto que abarca las materias siguientes: artículos literarios, de crítica artística, narraciones cortas, novelas magníficamente ilustradas, sección científica y actualidades. Para lo que á éstas se refiere hemos organizado un servicio de corresponsales artísticos y literarios en las principales capitales de España y América.

SECCIÓN AMERICANA. – La favorable acogida que nuestra publicación ha obtenido desde su princi o en América, nos pone, á fuer de agradecidos, en la obligación de correspon r á ella y de no omitir esfuerzo alguno para continuar mereciéndola: á este n, y teniendo en cuenta la creciente importancia que en Ciencias, Artes y L eratura tienen adquirida las repúblicas hispano-americanas, admitiremos tod los escritos, tanto de asuntos puramente literarios como artísticos, con que teng á bien favorecernos los literatos de dichos países para su inserción en las columnas de nuestra Revista; así como agradeceremos en extremo, lo mismo á nuest s abonados que á los que no lo sean, el envío de fotografías de monumentos a iguos y modernos, retratos de personas notables en Política, Artes y Ciencias, on su correspondiente descripción, á fin de reproducirlos por medio del gra ado ú otro procedimiento de los que nos facilitan los últimos adelantos, dándole un sitio preferente en las páginas de la Ilustración Artística y haciendo co tar al pie del grabado el nombre de las personas que nos ayuden á realizar nue o propósito.

En suma, tenemos empeño n que la Ilustración Artística sea una de las primeras, no sólo de España, so del extranjero, y para ello no perdonaremos medio ni sacrificio alguno, pro ando adelantarnos á los demás en lo que nuestra inteligencia nos sugiera y p nos á su nivel en todo aquello que signifique adelanto interesante ó iniciativa digna de ser imitada.

EL SALÓN DE LA MODA

PERIÓDICO QUINCENAL ILUSTRADO CON PROFUSIÓN DE GRABADOS EN NEGRO Y FIGURINES ILUMI OS DE LAS MODAS DE PARÍS

Con el periódico El Salón de la Moda repartimos patrones trazados en tamaño natural, modelos de labores de aguja, crochet, tapicerías, etc., y en su texto se incluirán revistas de teatros y salones, novelas morales y artículos de amena literatura, consejos sobre higiene doméstica, mueblaje y adorno de las habitaciones, noticias sobre las modas más recientes en todas sus fases, contestaciones á consultas de las suscriptoras, recetas culinarias, conocimientos útiles y pasatiempos variados, etc., etc.

El tiempo que lleva de publicación este periódico habrá podido convencer á nuestros suscriptores de que es verdadero amigo de la familia. Guiándose por sus indicaciones, cualquiera da ó señorita puede, no sólo vestir á la moda, sino hacerlo con economía en su presupuesto. Para ello les facilitamos cuantos elementos son necesarios y hacen cuantas indicaciones conducen al *desiderátum* de parecer bien sin dispendio periores á sus fuerzas.

Compárese nuestro Salón de Moda con los muchos periódicos de su índole, y resultará seguramente que nguno le aventaja en bondad, á pesar de la notable baratura con que se repa .

CONDICIONES PARA EL REPARTO DE LAS PUBLICACIONES CONSIGNADAS EN ES PROSPECTO

Todas las semanas recibirán los señores suscriptores La Ilustración Artística, que constará de 16 *grandes páginas*, á las que se acompañará cada 15 días el periódico El Salón de la Moda. Al recibir este reparto semanal abonará el suscriptor los *cuatro reales* de costu re, y después le serán entregados periódicamente, sin pago ninguno, los to encuadernados de la Biblioteca Universal ofrecidos en el prospecto.

PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid: En casa de D. Eduardo Carbajo, plaza del Callao, 17, entresuelo, y principales librerías. – *Barcelona:* En los centros de suscripción n las principales librerías. – *Habana:* D. Luis Artiaga, calle de Neptuno, 8; único representante en toda la isla de Cuba. – *Santiago de Cuba:* En la librería de D. Francisco Arroyo, calle an Félix Baja, 42. – *Puerto Rico:* En la librería de los Sres. Fraile y C.ª, en San Juan de Puerto Rico. – *Ponce* (Puerto Rico): En la librería de D. Enrique Artiaga, calle de Marina, 3. – *B s Aires:* En la *Joya literaria*, Corrientes, 1679, y en casa de los señores Espasa y C.ª, Cerrito, 174. – *Montevideo:* En el centro general de suscripciones á cargo de los señores Cuspinera, y C.ª, 18 de Julio, 109. – *Santiago de Chile:* En ídem, ídem, calle Ahumada, 32, Z. – *Valparaíso:* En ídem, ídem, Victoria, 124. – *Concepción:* En ídem, ídem, Comercio, 25, A. – *Perú* (L): En ídem, ídem, Portal de Botoneros, 48. – *México:* En casa de D. Juan de la Fuente Parres, callejón de Santa Inés, n.º 5. – *Guayaquil:* En el establecimiento *La Viña*, á cargo de D. nón Papaseit, calle del Teatro, 103 y 105. – *Guatemala:* En la librería de D. Antonio Partegas, Octava avenida Sur. – *Manila:* En la *Agencia editorial* de D. Manuel Arias y Rodríguez, iedo, 2. – *Venezuela:* En la librería Española de D. L. Puig Ros y hermano, de Caracas. – En provincias, en casa de los señores corresponsales de nuestra casa, ó bien dirigiéndose á esta ministración, establecida en la calle de Aragón, 309 y 311 (Ensanche).

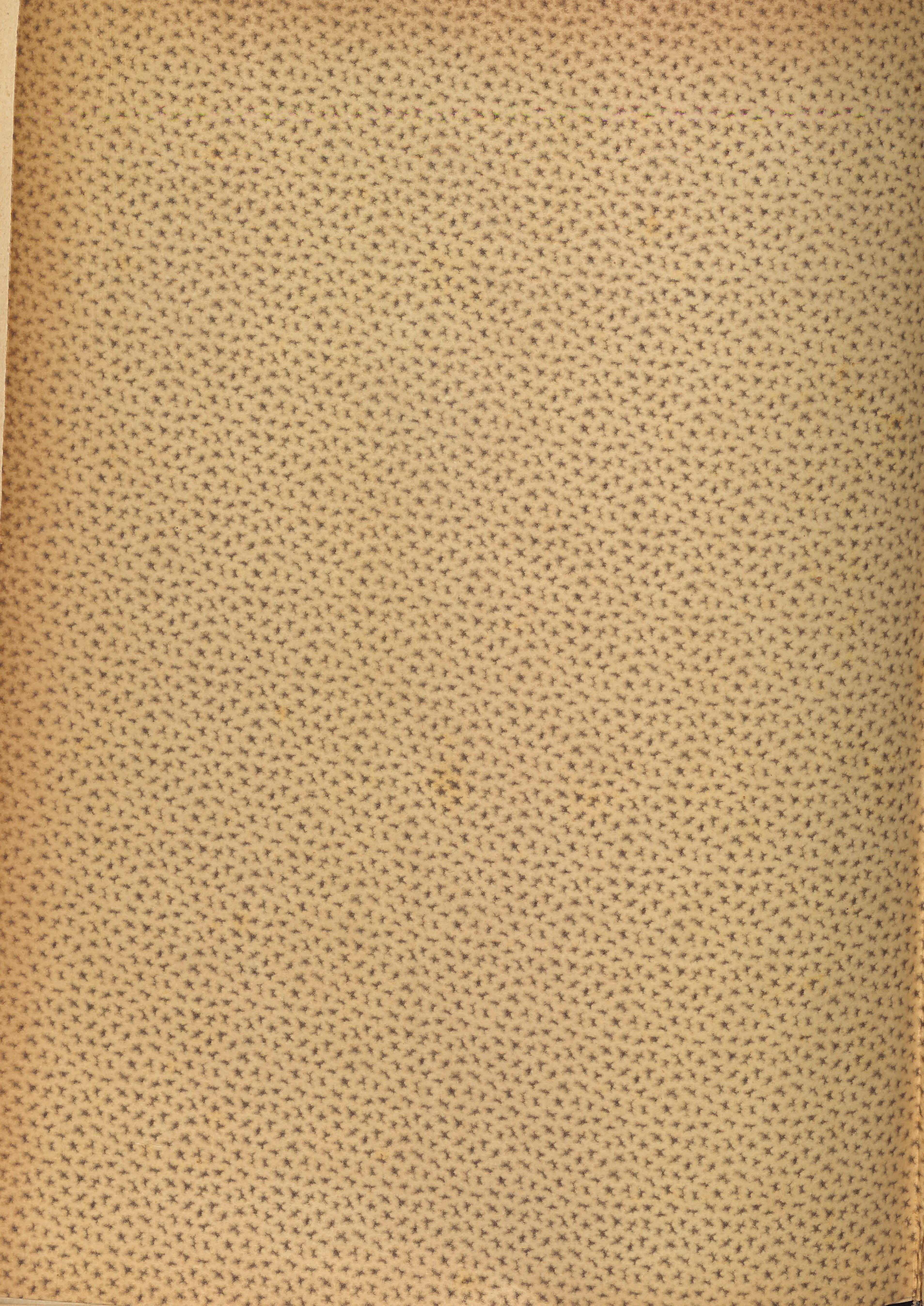
Toda reclamación, sea de la índole que fuere, por parte de los señores suscriptores y corresponsales, deberá hacerse directamente á esta casa edito que tiene su domicilio en Barcelona.

Los que deseen suscribirse al periódico El Salón de la Moda por anualidades, semestres ó trimestres, con pago anti do, deberán regirse por la siguiente nota de precios:

ESPAÑA, un año, 60 rs.—6 meses, 32 rs.—3 meses, 18 rs.—PORTUGAL, un año, 3.000 reis.—6 meses, 1.600 —3 meses, 900 reis.

Las suscripciones empezarán el día 1.º de cada mes

Imp. de Mo er y Simón. – Barcelona






LA
ILUSTRACION
ARTISTICA
AÑO 1892
150